

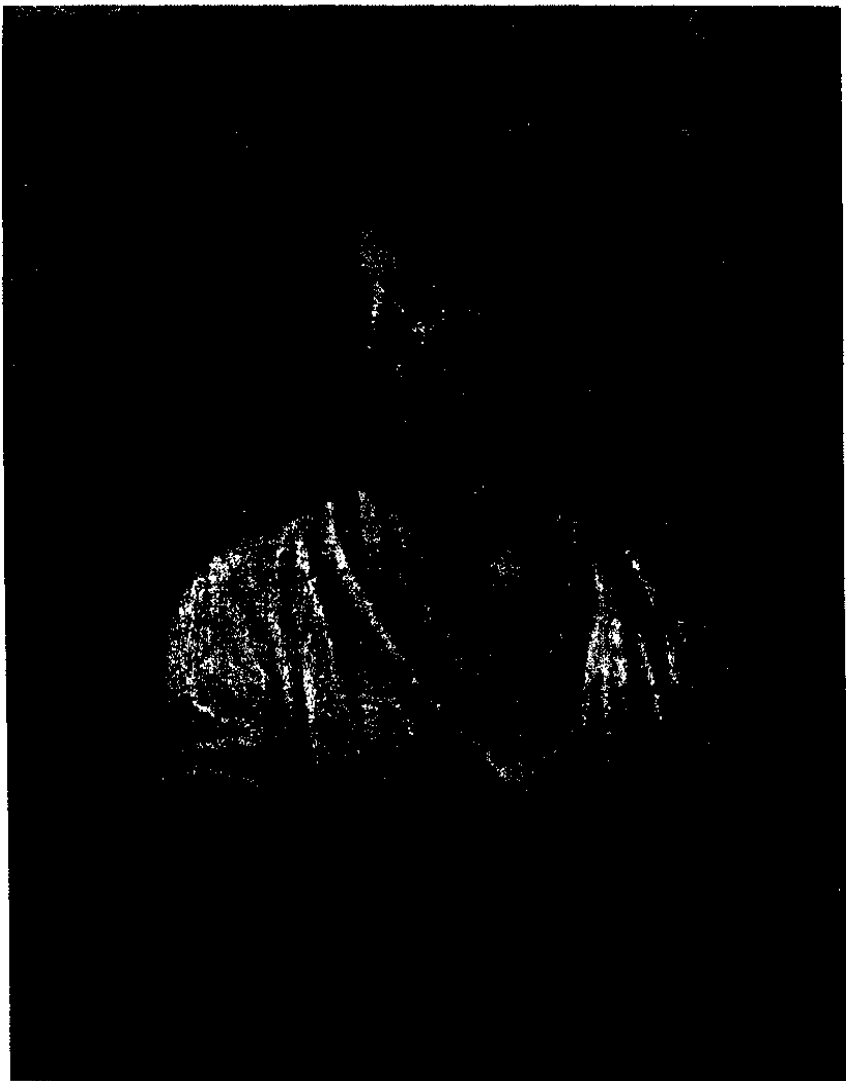
Mary Wollstonecraft

Vindicación de los Derechos de la Mujer

Edición de Isabel Burdiel

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER



Retrato de Mary Wollstonecraft realizado por John Opie.

Introducción de la autora

Tras considerar el devenir histórico y contemplar el mundo viviente con anhelosa solicitud, las emociones más melancólicas de indignación desconsolada han oprimido mi espíritu y lamento verme obligada a confesar tanto que la Naturaleza ha establecido una gran diferencia entre un hombre y otro, como que la civilización que hasta ahora ha habido en el mundo ha sido muy parcial. He repasado varios libros sobre educación y he observado pacientemente la conducta de los padres y la administración de las escuelas. ¿Cuál ha sido el resultado? La profunda convicción de que la educación descuidada de mis semejantes es la gran fuente de la calamidad que deploro y de que a las mujeres, en particular, se las hace débiles y despreciables por una variedad de causas concurrentes, originadas en una conclusión precipitada. La conducta y los modales de las mujeres, de hecho, prueban con claridad que sus mentes no se encuentran en un estado saludable, porque al igual que las flores plantadas en una tierra demasiado rica, la fortaleza y provecho se sacrifican a la belleza, y las hojas suntuosas, tras haber resultado placenteras a una mirada exigente, se marchitan y abandonan en el tallo, mucho antes del tiempo en que tendrían que llegar a su sazón. Atribuyo una de las causas

de este florecimiento estéril a un sistema de educación falso, organizado mediante los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han mostrado más dispuestos a hacer de ellas damas seductoras que esposas afectuosas y madres racionales; y este homenaje engañoso ha distorsionado tanto la comprensión del sexo, que las mujeres civilizadas de nuestro siglo, con unas pocas excepciones, sólo desean fervientemente inspirar amor, cuando debieran abrigar una ambición más noble y exigir respeto por su capacidad y sus virtudes.

Por consiguiente, en un tratado sobre los derechos y modales de la mujer, no deben pasarse por alto las obras que se han escrito expresamente para su perfeccionamiento, en especial cuando se afirma con términos directos que las mentes femeninas se encuentran debilitadas por un refinamiento falso; que los libros de instrucción escritos por hombres de talento han presentado la misma tendencia que las producciones más frívolas; y que, en estricto estilo mahometano, se las trata como si fueran seres subordinados y no como parte de la especie humana, cuando se acepta como razón perfectible la distinción solemne que eleva al hombre sobre la creación animal y pone un cetro natural en una mano débil.

Sin embargo, el hecho de que yo sea mujer no debe llevar a mis lectores a suponer que pretendo agitar con violencia el debatido tema de la calidad o inferioridad del sexo, pero, como lo encuentro en mi camino y no puedo pasarlo por alto sin exponer a malinterpretación la línea principal de mi razonamiento, me detendré un momento para expresar mi opinión en pocas palabras. En el gobierno del mundo físico se puede observar que la mujer, en cuanto a fuerza, es, en general, inferior al hombre. Es ley de la Naturaleza y no parece que vaya a suspenderse o revocarse en favor de la mujer. Así pues, no puede negarse cierto grado de superioridad física, lo cual constituye una prerrogativa noble. Pero no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en hun-

dirnos aún más para convertirnos simplemente en objetos atractivos para un rato; y las mujeres, embriagadas por la adoración que bajo la influencia de sus sentidos les profesan los hombres, no tratan de obtener un interés duradero en sus corazones o convertirse en las amigas de los semejantes que buscan diversión en su compañía.

Tengo en cuenta una inferencia obvia. He oído exclamaciones contra las mujeres masculinas provenientes de todas partes, pero ¿en qué deben basarse? Si con esta denominación los hombres quieren vituperar su pasión por la caza, el tiro y el juego, me uniré con la mayor cordialidad al clamor; pero si va contra la imitación de las virtudes masculinas o, hablando con mayor propiedad, de la consecución de aquellos talentos y virtudes cuyo ejercicio ennoblece el carácter humano, y eleva a las mujeres en la escala de los seres animales, donde se las incluye en la humanidad, debo pensar que todos aquellos que las juzguen con talante filosófico tienen que desear conmigo que se vuelvan cada día más y más masculinas.

Esta exposición divide el tema de modo natural. Primero consideraré a las mujeres como criaturas humanas que, en común con los hombres, se hallan en la tierra para desarrollar sus facultades; después señalaré de forma más particular sus características.

También deseo evitar un error en el que han caído muchos escritores respetables, porque la instrucción que hasta ahora se ha dirigido a las mujeres más bien ha sido aplicable a las señoras, si se exceptúa el parecer pequeño e indirecto que se vierte a través de *Sandford and Merton**; pero al dirigirme a mi sexo en un tono más firme, dedico una atención especial a las de la clase media porque parecen hallarse en el estado más natural. Quizá las semillas del falso refinamiento, la inmoralidad y la vanidad siempre han sido sembradas por los nobles. Seres débiles y artificiales, situados sobre los deseos y afectos co-

* Clásico de la literatura didáctica infantil del siglo XVIII. Thomas Day, *Sandford and Merton*, Londres, 1786-89, 3 vols.

munes de su raza de modo prematuro e innatural, minan los cimientos mismos de la virtud y desparraman corrupción por la sociedad en su conjunto. Como clase de la humanidad, tienen el mayor derecho a la piedad; la educación de los ricos tiende a volverlos vanos y desvalidos, y el desarrollo de la mente no se fortalece mediante la práctica de aquellos deberes que dignifican el carácter humano. Sólo viven para divertirse, y por la misma ley que produce invariablemente en la Naturaleza ciertos efectos, pronto sólo abordan diversiones estériles.

Pero como pretendo dar una visión separada de los diferentes estratos de la sociedad y del carácter moral de las mujeres en cada uno de ellos, por el momento esta alusión es suficiente. Y sólo me he ocupado del tema porque me parece que la esencia misma de una introducción es proporcionar un recuento sumario de los contenidos de la obra a la que introduce.

Espero que mi propio sexo me excuse si trato a las mujeres como criaturas racionales en vez de hacer gala de sus gracias *fascinantes* y considerarlas como si se encontraran en un estado de infancia perpetua, *incapaces* de valerse por sí solas. Deseo de veras señalar en qué consiste la verdadera dignidad y la felicidad humana. Quiero persuadir a las mujeres para que traten de conseguir *fortaleza*, tanto de mente como de cuerpo, y convencerlas de que las frases suaves, el corazón impresionable, la delicadeza de sentimientos y el gusto refinado son casi sinónimos de epítetos de la debilidad, y que aquellos seres que son sólo objetos de piedad y de esa clase de amor que se ha calificado como su gemela pronto se convertirán en objetos de desprecio.

Luego al desechar esas preciosas frases femeninas que los hombres usan con condescendencia para suavizar nuestra dependencia servil y al desdeñar esa mente elegante y débil, esa sensibilidad exquisita y los modales suaves y dóciles que supuestamente constituyen las características sexuales del recipiente más frágil, deseo mostrar que la *elegancia es inferior a la virtud*, que el pri-

mer objetivo de una *ambición laudable es obtener el carácter de un ser humano*, sin tener en cuenta la distinción de sexo, y que las consideraciones secundarias deben conducir a esta simple piedra de toque.

Esto es el esbozo aproximado de mi plan, y si expreso mi convicción con las enérgicas emociones que siento cuando pienso sobre el tema, algunos de mis lectores experimentarán el dictado de la experiencia y la reflexión. Animada por este importante objetivo, desdeñaré escoger las frases o pulir mi estilo. Pretendo ser útil y la sinceridad me hará natural, ya que al desear persuadir por la fuerza de mis argumentos en vez de deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje, no perderé el tiempo con circunloquios o en fabricar expresiones rimbombantes sobre sentimientos artificiales que proceden de la cabeza y nunca llegan al corazón. Me emplearé en las cosas y no en las palabras, y deseosa de convertir a mi sexo en miembros más respetables de la sociedad, trataré de evitar esa dicción florida que se ha deslizado de los ensayos a las novelas y de ellas a las cartas familiares y a la conversación.

Esos pulcros superlativos, cuando se escapan de la lengua sin reflexión, vician el gusto y crean una especie de delicadeza enfermiza que rechaza la verdad simple y sin adornos; y un diluvio de falsas sensaciones y sentimientos desmesurados, al ahogar las emociones naturales del corazón, convierten en insípidos los placeres domésticos que deben suavizar el ejercicio de aquellos severos deberes que educan al ser racional e inmortal para un campo de acción más noble.

La educación de las mujeres últimamente se ha atendido más que en tiempos anteriores. Aun así, todavía se las considera un sexo frívolo y los escritores que tratan de que mejoren mediante la sátira o la instrucción las ridiculizan o se apiadan de ellas. Se sabe que dedican muchos de los primeros años de sus vidas a adquirir una noción superficial de algunas dotes; mientras tanto, se sacrifica el fortalecimiento de cuerpo y alma a las nociones

libertinas de belleza, al deseo de establecerse mediante el matrimonio —único modo en que las mujeres pueden ascender en el mundo. Y como este deseo las hace meros animales, cuando se casan actúan como se espera que lo hagan los niños: se visten, se pintan y se las moteja criaturas de Dios. ¡Ciertamente estos frágiles seres sólo sirven para un serrallo! ¿Puede esperarse que gobiernen una familia con fundamento o que cuiden de los pobres infantes que traen al mundo?

Luego, si puede deducirse con exactitud de la conducta presente del sexo, de la inclinación generalizada hacia el placer que ocupa el lugar de la ambición y de aquellas pasiones más nobles que abren y ensanchan el alma, que la instrucción que han recibido las mujeres hasta ahora sólo ha tendido, con la implantación de la sociedad cortés, a convertirlas en objetos insignificantes del deseo —¡meras propagadoras de necios!—, si puede probarse que al pretender adiestrarlas sin cultivar sus entendimientos se las saca de la esfera de sus deberes y se las hace ridículas e inútiles cuando pasa el breve florecimiento de la belleza¹, doy por sentado que los hombres *rationales* me excusarán por intentar persuadirlas para que se vuelvan más masculinas y respetables.

Realmente la palabra masculinas es sólo un metemiedos; hay poca razón para temer que las mujeres adquieran demasiado valor o fuerza, ya que su patente inferioridad con respecto a la fortaleza corporal debe hacerlas en cierto grado dependientes de los hombres en las diferentes relaciones de la vida; pero, ¿por qué debe incrementarse esta dependencia por prejuicios que ponen sexo a la virtud y confunden las verdades llanas con ensueños sensuales?

De hecho, las mujeres se encuentran tan degradadas por la mala interpretación de las nociones sobre la excelencia femenina, que no creo añadir una paradoja cuan-

do afirmo que esta debilidad artificial produce una propensión a tiranizar y da cabida a la astucia, oponente natural de la fortaleza, que las lleva a completar el juego con esos despreciables ademanes infantiles que minan la estima aunque exciten el deseo. Que los hombres se vuelvan más castos y modestos, y si las mujeres no se hacen más sensatas en la misma proporción, quedará claro que poseen entendimientos más débiles. Parece poco necesario decir que hablo del sexo en general. Muchas mujeres tienen más sentido que sus allegados masculinos; y como nada pesa más donde hay una lucha constante por el equilibrio sin que tenga naturalmente mayor gravedad, algunas mujeres gobiernan a sus maridos sin degradarse, porque el intelecto siempre gobernará.

¹ Un agudo escritor (no puedo recordar su nombre) pregunta qué le queda por hacer en el mundo a una mujer que cumple los cuarenta.

A M. Talleyrand-Périgod,
antiguo obispo de Autun*

Señor, habiendo leído con gran placer un escrito que ha publicado últimamente, le dedico este volumen —la primera dedicatoria que he escrito en mi vida— para inducirle a leerlo con atención, y porque pienso que me entenderá, lo que no supongo que harán muchos de los que se creen agudos e ingeniosos, que quizás ridiculicen los argumentos que no son capaces de rebatir. Pero, señor, llevo mi respeto hacia su entendimiento aún más lejos, porque confío en que no dejará de lado mi obra y concluirá a la ligera que estoy en el error porque usted no consideró el asunto a la misma luz que yo. Y, perdón por mi franqueza, pero debo observar que usted lo trató de modo demasiado superficial, satisfecho con considerarlo como lo había sido en otro tiempo, cuando los derechos del hombre, por no aludir a los de la mujer, eran pisoteados como quiméricos. Así pues, le emplazo ahora para sopesar lo que he avanzado respecto a los derechos de la mujer y la educación nacional; y lo hago con el tono fir-

* Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838); ex-obispo de Autun y político activo durante la Revolución Francesa cuyo *Rapport sur L'Instruction Publique* (1791) fue presentado y discutido en la Asamblea Constituyente.

me de la humanidad, porque mis argumentos, señor, están dictados por un espíritu desinteresado: abogo por mi sexo y no por mí misma. Desde hace tiempo he considerado la independencia como la gran bendición de la vida, la base de toda virtud; y siempre la alcanzaré reduciendo mis necesidades, aunque tenga que vivir de una tierra estéril.

Así, es el afecto por el conjunto de la raza humana lo que hace a mi pluma correr rápidamente para apoyar lo que creo que constituye la causa de la virtud; y el mismo motivo me lleva a desear honradamente ver a la mujer colocada en una posición desde la que adelantaría, en lugar de retrasar, el progreso de aquellos gloriosos principios que dan sustancia a la moralidad. En efecto, mi opinión sobre los derechos y obligaciones de las mujeres parece brotar de modo tan natural de esos principios fundamentales, que pienso, aunque no sea muy probable, que algunas de las mentes preclaras que dieron forma a vuestra admirable constitución coincidirían conmigo.

En Francia, sin duda, existe una difusión más general del conocimiento que en cualquier otra parte del mundo europeo, y lo atribuyo, en gran medida, al intercambio social que durante mucho tiempo ha pervivido entre los sexos. Es cierto —expreso mis sentimientos con libertad— que allí se ha extraído la esencia misma de la sensualidad para regalo de los voluptuosos y ha prevalecido una especie de lujuria sentimental que, junto con el sistema de duplicidad que todo el contenido de su gobierno político y civil enseñó, ha proporcionado una siniestra suerte de sagacidad al carácter francés, denominado propiamente *finesse*, de la que emana con naturalidad un refinamiento de modales que daña la esencia al echar a la sinceridad fuera de la sociedad. Y la modestia, el vestido más bello de la virtud, se ha insultado en Francia de modo más grosero que en Inglaterra incluso, y hasta sus mujeres han tachado de mojigata esa atención a la decencia que los brutos observan por instinto.

Los modales y la moral se hallan tan ligados que a me-

nudo se han confundido; pero aunque los primeros sólo deben ser un reflejo natural de la última, cuando varían causas han producido modales artificiosos y corruptos, que se adquieren muy temprano, la moralidad se vuelve una palabra vacía. La reserva personal y el respeto sagrado por la claridad y delicadeza en la vida doméstica, que las mujeres francesas casi desprecian, son los pilares airoso de la modestia; y, lejos de despreciarlos, si la llama pura del patriotismo ha alcanzado sus senos, deben trabajar para mejorar la moral de sus conciudadanos, enseñando a los hombres no sólo a respetar la modestia en las mujeres, sino darle cabida ellas mismas, como la única vía de merecer su estima.

Al luchar por los derechos de la mujer, mi argumento principal se basa en este principio fundamental: si no se la prepara con la educación para que se vuelva la compañera del hombre, detendrá el progreso del conocimiento y la virtud; porque la virtud debe ser común a todos o resultará ineficaz para influir en la práctica general. ¿Y cómo puede esperarse que la mujer contribuya a menos que sepa cómo ser virtuosa, que la libertad fortalezca su razón hasta que comprenda su deber y vea de qué modo se encuentra conectado con su beneficio real? Si se tiene que educar a los niños para que entiendan el principio verdadero del patriotismo, su madre debe ser patriota; y el amor al género humano, del que brota una sucesión ordenada de virtudes, sólo puede darse si se tienen en consideración la moral y los intereses civiles de la humanidad; pero la educación y situación de la mujer en el momento presente la dejan fuera de tales investigaciones.

En esta obra he presentado muchos argumentos que me resultaban concluyentes para probar que la noción prevaleciente sobre el carácter sexual era subversiva para la moral, y he sostenido que para hacer más perfectos el cuerpo y la mente humanos, la castidad debe predominar de modo más universal, y que ésta no será respetada en el mundo masculino mientras la persona de una mujer no deje de ser idolatrada, por decirlo así, cuando escasa vir-

tud o sentido la adornen con grandes rasgos de belleza mental o la interesante simplicidad del afecto.

Considere, señor, estas observaciones sin pasión, pues un destello de su verdad pareció abrirse ante usted cuando observó «que ver una mitad de la raza humana excluida por la otra de toda participación en el gobierno era un fenómeno político que, según los principios abstractos, era imposible explicar». Si es así, ¿en qué se apoya su constitución? Si los derechos abstractos del hombre sostienen la discusión y explicación, los de la mujer, por un razonamiento parejo, no rehuirían el mismo examen; aun así, en este país prevalece una opinión diferente, basada en los mismos argumentos que utilizan para justificar la opresión de la mujer: el precepto.

Considere —me dirijo a usted como legislador— que si los hombres luchan por su libertad y se les permite juzgar su propia felicidad, ¿no resulta inconsistente e injusto que subyuguen a las mujeres, aunque creen firmemente que están actuando del modo mejor calculado para proporcionarles felicidad? ¿Quién hizo al hombre el juez exclusivo, si la mujer comparte con él el don de la razón?

De este mismo modo argumentan todos los tiranos, cualquiera que sea su nombre, desde el rey débil hasta el débil padre de familia; todos ellos están ávidos por aplastar la razón, y también siempre afirman que usurpan el trono sólo por ser útiles. ¿No actúan de modo similar cuando fuerzan a todas las mujeres, al negarles los derechos políticos y civiles, a permanecer confinadas en sus familias, andando a tientas en la oscuridad? Porque ciertamente, señor, no afirmará que un deber pueda obligar cuando no se basa en la razón. Si realmente éste fuera su destino, los argumentos se desprenderían de la razón; y, así, magníficamente apoyados, cuanto más entendimiento adquieran las mujeres, más se atarán a su deber comprendiéndolo, porque si no lo comprenden, si su moral no se fija con los mismos principios inmutables de los hombres, no existe autoridad que pueda exonerarlas de

él de manera virtuosa. Pueden ser esclavas convenientes, pero el efecto constante de la esclavitud degradará al amo y al subordinado abyecto.

Pero si se debe excluir a las mujeres, sin tener voz, de participar en los derechos naturales del género humano, pruebe primero, para rechazar la acusación de injusticia e inconsistencia, que carecen de razón; de otro modo, esta grieta en vuestra Nueva Constitución siempre mostrará que el hombre, de alguna forma, debe actuar como un tirano, y la tiranía, en cualquier parte de la sociedad donde alce su descarado frente, siempre socavará la moralidad. * argumento justificado

Reiteradamente he sostenido que las mujeres no pueden ser confinadas por la fuerza a los asuntos domésticos y he proporcionado argumentos que me parecen irrecusables al desprenderse de cuestiones de hecho que prueban mi afirmación; porque, aunque ignorantes, se inmiscuirán en los de más peso, descuidando los deberes privados sólo para estorbar, con ardides arteros, los planes ordenados de la razón que se alzan por encima de su comprensión.

Además, mientras estén sólo hechas para adquirir dotes personales, los hombres las buscarán en variedad por placer, y maridos infieles harán esposas infieles; realmente deberá excusarse a estos seres ignorantes cuando, al no haberles enseñado a respetar el bien público o no haberles concedido ningún derecho civil, intenten hacerse justicia mediante el desquite.

Abierta de este modo la caja de los males, ¿qué va a preservar la virtud privada, la única protección de la libertad pública y la felicidad universal?

Luego, que no exista coerción establecida en la sociedad y, al prevalecer la ley de gravedad común, los sexos caerán en el lugar que les corresponde. Y cuando vuestros ciudadanos se formen con leyes más equitativas, el matrimonio se volverá más sagrado; vuestros jóvenes escogerán esposas por motivos de afecto y vuestras doncellas permitirán que el amor desarraigue la vanidad.

Entonces el padre de familia no debilitará su constitución y degradará sus sentimientos visitando a las rameras, ni olvidará, obedeciendo la llamada de los apetitos, el propósito con el que se instituyó. Y la madre no descuidará a sus hijos para practicar las artes de la coquetería, cuando el sentido y la modestia le aseguren la amistad de su esposo.

Pero hasta que los hombres no dediquen atención al deber de un padre, es vano esperar de las mujeres que empleen en la crianza el tiempo que, «sabias para su generación», deciden pasar ante el espejo; porque este ejercicio de astucia es sólo un instinto natural que les permite obtener de forma indirecta algo del poder que injustamente se les niega compartir; pues si no se permite a las mujeres disfrutar de derechos legítimos, volverán viciosos a los hombres y a sí mismas para obtener privilegios ilícitos.

Deseo, señor, sacar a flote algunas investigaciones de este tipo en Francia y si llevan a confirmar mis principios, cuando se revise vuestra constitución, debieran respetarse los Derechos de la Mujer, si se prueba plenamente que la razón exige este respeto y demanda en alta voz * JUSTICIA para la mitad de la raza humana.

Suya respetuosamente,

M. W.

Nota

Cuando comencé a escribir esta obra, la dividí en tres partes, suponiendo que un volumen contendría una discusión completa de los argumentos que me parecían surgir naturalmente de unos cuantos principios fundamentales; pero como mientras avanzaba me vinieron a la mente nuevas ilustraciones, presento al público ahora sólo la primera parte.

Sin embargo, muchos temas a los que he aludido de pasada precisan una investigación particular, en especial las leyes relativas a la mujer y la consideración de sus deberes específicos. Todo ello proporcionará amplia materia para un segundo volumen¹, que se publicará a su debido tiempo para elucidar algunos de los sentimientos y completar muchos esbozos presentados en el primero.

* El segundo volumen nunca apareció.

CAPÍTULO PRIMERO

Consideración sobre los derechos y deberes que afectan al género humano

En el estado presente de la sociedad, parece necesario regresar a los principios fundamentales en busca de las verdades más simples y disputar cada palmo del terreno con algunos de los prejuicios predominantes. Para abrirme camino, se me debe permitir enunciar algunas cuestiones llanas, cuyas respuestas parecerán probablemente tan inequívocas como los axiomas en los que se basa el razonamiento; no obstante, cuando se enredan con diversos motivos de acción, se contradicen formalmente, ya sea por las palabras o por la conducta de los hombres.

¿En qué consiste la preeminencia del hombre sobre la creación animal? La respuesta es tan clara como que una mitad es menos que un todo: en la Razón.

¿Qué dotes exaltan a un ser sobre otro? La virtud, replicamos con espontaneidad.

¿Con qué propósitos se implantaron las pasiones? Para que el hombre, al luchar contra ellas, pudiera obtener un grado de conocimiento negado a los animales, susurra la Experiencia.

En consecuencia, la perfección de nuestra naturaleza y la capacidad de felicidad deben estimarse por el grado de razón, virtud y conocimiento que distinguen al individuo y dirigen las leyes que obligan a la sociedad. Y resulta igualmente innegable que del ejercicio de la razón manan naturalmente el conocimiento y la virtud, si se considera al género humano en su conjunto.

Simplificados de este modo los derechos y deberes del hombre, parece casi impertinente tratar de ilustrar verdades tan incontrovertibles; pero prejuicios profundamente enraizados han nublado la razón y cualidades espurias han asumido el nombre de virtudes de tal modo, que resulta necesario perseguir el curso de la razón, cuando ha sido confundida y envuelta en el error, por varias circunstancias adventicias, comparando el axioma simple con las desviaciones casuales.

Los hombres, en general, parecen emplear su razón para justificar los prejuicios que han asimilado de un modo que les resulta difícil descubrir, en lugar de deshacerse de ellos. La mente que forma sus propios principios con resolución debe ser fuerte, ya que predomina una especie de cobardía intelectual que hace que muchos hombres se disminuyan frente a la tarea o sólo la cumplan a medias. No obstante, las conclusiones imperfectas que se desprenden así son a menudo muy verosímiles, porque se basan en una experiencia parcial, en opiniones, aunque sean limitadas.

Volviendo a los principios fundamentales, los vicios, con toda su deformidad innata, procuran permanecer ocultos a una investigación minuciosa; pero un conjunto de razonadores superficiales siempre exclaman que esos argumentos comprueban demasiado y que puede que una medida corrompida hasta la médula sea conveniente. De este modo, la conveniencia se contrasta continuamente con los principios básicos, hasta que la verdad se pierde en una maraña de palabras, la virtud en las formas y el conocimiento en una nada sonora, a causa de los engañosos prejuicios que usurpan su nombre.

En abstracto, para todo ser pensante resulta tan forzosamente evidente que la sociedad está formada del modo más sabio y que su constitución se basa en la naturaleza del hombre, que parece insolencia tratar de probarlo; no obstante, deben brindarse pruebas o la razón nunca será la que obligue al mantenimiento de un precepto; además, presentar un precepto como argumento para justificar que se despoje de sus derechos naturales a los hombres (o a las mujeres) es uno de los absurdos sofismas que insultan a diario el sentido común.

La civilización de la mayor parte de los pueblos europeos es muy parcial, por lo que se puede plantear la cuestión de si, a cambio de la inocencia, han adquirido algunas virtudes que resulten equivalentes a la aflicción producida por los vicios que se han extendido para tapar la fea ignorancia y la libertad que se ha trocado por una esclavitud espléndida. El deseo de deslumbrar por las riquezas, la preeminencia más cierta que un hombre puede obtener, el placer de mandar sobre zalameros aduladores y muchos otros cálculos bajos y complicados, propios de una egolatría excesiva, han contribuido a aplastar a la masa del género humano y a hacer de la libertad un asideo conveniente para desdeñar el patriotismo. Porque mientras que se concede al rango y los títulos la mayor importancia y ante ellos «el Genio debe esconder su cabeza disminuida», con muy pocas excepciones, resulta muy desafortunado para una nación que un hombre de facultades, sin rango ni propiedad, alcance renombre. ¡Ay, qué calamidades inauditas han padecido cientos para comprar un capelo de cardenal a un aventurero oscuro e intrigante que codiciaba estar a la altura de los príncipes o tratarlos con despotismo empuñando la triple corona!

Tal ha sido la miseria que ha emanado de la monarquía, las riquezas y los honores hereditarios, que los hombres de aguda sensibilidad casi han llegado a blasfemar para justificar el designio de la Providencia. El hombre se ha mantenido tan independiente del poder que lo

creó como un planeta sin ley que se lanza desde su órbita para robar el fuego celestial de la razón, y la venganza del Cielo, oculta en la sutil llama, como la malicia encerrada en Pandora, castigó de modo suficiente su temeridad con la introducción del mal en el mundo.

Impresionado al contemplar la calamidad y el desorden que saturaban la sociedad, y cansado de chocar contra bobos superficiales, Rousseau acabó prendado de la soledad y como a la vez era optimista, labora con una elocuencia poco común para probar que el hombre era por naturaleza un animal solitario*. Desencaminado por su respeto a la bondad divina, que ciertamente —¡porque qué hombre con sentido y sentimientos puede dudarlo!— dio la vida sólo para comunicar felicidad, considera el mal como algo positivo, obra del hombre, sin tener en cuenta que exalta un atributo a expensas de otro, necesario por igual a la perfección divina.

Levantados sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor del estado de naturaleza son verosímiles, pero erróneos. Digo erróneos porque afirmar que el estado de naturaleza es preferible a la civilización, en toda su perfección posible, es, en otras palabras, someter a juicio la sabiduría suprema; y la exclamación paradójica de que Dios ha creado todas las cosas bien y que el error ha sido introducido por la criatura que él formó, sabiendo lo que hacía, es tan poco filosófica como impía.

Cuando ese Ser sabio que nos creó y colocó aquí concibió esta hermosa idea, quiso, al permitir que fuera así, que las pasiones desarrollaran nuestra razón, porque pudo ver que el mal presente produciría el bien futuro. ¿Podía la desvalida criatura a la que trajo de la nada soltarse de su providencia y aprender audazmente a conocer el bien mediante la práctica del mal sin su permiso? No.

* Se refiere especialmente a las tesis mantenidas en el «Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres» (1755). Edición castellana, *Del Contrato social. Discursos*, Madrid, Alianza, 1986.

¿Cómo pudo ese enérgico abogado de la inmortalidad argumentar de modo tan inconsistente? Si la humanidad hubiera permanecido por siempre en el brutal estado de naturaleza, que ni siquiera su mágica pluma puede pintar como un estado en que echara raíces una sola virtud, habría resultado evidente, aunque no para los errantes impresionables y poco reflexivos, que el hombre había nacido para recorrer el círculo de la vida y la muerte, y adornar el jardín de Dios con algún propósito que no podría reconciliarse fácilmente con sus atributos.

Pero si, para coronar el conjunto, tenía que haber criaturas racionales a las que se permitía aumentar su excelencia mediante el ejercicio de poderes implantados para ese fin; si la misma benignidad tuvo a bien dar existencia a una criatura por encima de los brutos¹, que podía pensar y perfeccionarse, ¿por qué debe a este don inestimable, porque fue un don, si el hombre fue creado de modo que tuviera capacidad para alzarse del estado en que las sensaciones producen una tranquilidad animal, llamársele, en términos directos, una maldición? Se podría considerar una maldición si el conjunto de nuestra existencia se viera sujeto por nuestra continuación en este mundo, ya que ¿por qué la fuente indulgente de la vida iba a darnos las pasiones y el poder de reflexionar sólo para amargar nuestros días e inspirarnos nociones erróneas de dignidad? ¿Por qué debe conducirnos del amor a nosotros mismos a las sublimes emociones que excita el descubrimiento de su sabiduría y bondad, si estos sentimientos no se pusieran en movimiento para mejorar nuestra naturaleza, de la que forman parte², y ha-

¹ Contrario a la opinión de los anatomistas, cuyos argumentos se basan en la analogía de la formación de los dientes, el estómago y los intestinos, Rousseau no admitirá que el hombre sea un animal carnívoro. Y arrebatado de la naturaleza por amor al método, discute si el hombre es un animal gregario, aunque la larga y desvalida etapa de la infancia parece señalarlo como particularmente dispuesto a emparejarse, primer paso para reunirse en manadas.

² ¿Qué diríais de un mecánico a quien le habéis pedido que haga

cernos capaces de disfrutar de una mayor cantidad de felicidad? Persuadida con firmeza de que no existe mal en el mundo que Dios no haya decidido, fundo mi creencia en su perfección.¹

Rousseau se emplea en probar que originalmente todo *estaba* bien; una muchedumbre de autores en que todo *está* bien ahora y yo en que todo *estará* bien.

Pero, fiel a su primera posición, próxima a un estado de naturaleza, Rousseau celebra la barbarie y, apostrofando a la sombra de Fabricio, olvida que, al conquistar el mundo, los romanos nunca soñaron con establecer su propia libertad con bases firmes o con extender el reino de la virtud*. Ávido por apoyar su sistema, estigmatiza como vicioso todo esfuerzo del genio; y para expresar la apoteosis de las virtudes salvajes, exalta las de los semidioses, escasamente humanos: los brutales espartanos que, a despecho de justicia y gratitud, sacrificaban a sangre fría a los esclavos que se habían portado como héroes para rescatar a sus opresores.

Hastiado de los modales y virtudes artificiales, el ciudadano de Ginebra, en lugar de tamizar de modo apropiado el tema, se deshizo del trigo y de la cizaña, sin esperar a indagar si los males que su alma ardiente rechazaba indignada eran la consecuencia de la civilización o los vestigios de la barbarie. Vio el vicio hollando la virtud y a la apariencia de bondad ocupando el lugar de la realidad;

un reloj para señalar la hora del día si, para mostrar su ingenio, le añadiera ruedas para convertirlo en un reloj de repetición y otras cosas que confundieran el mecanismo simple, y que, para excusarse, argumentara que si no hubierais tocado cierto resorte, nunca habríais sabido nada al respecto, y que se había entretenido haciendo *un experimento* sin causaros ningún mal?, ¿no replicaríais sin duda insistiendo en que si no hubiera añadido esas ruedas y resortes innecesarios podría no haberse dado el accidente?

* Del «Discurso sobre las Ciencias y las Artes» (1850) en el que el político romano Gaius Fabricius aparece como símbolo de la incorruptibilidad política. Edición castellana en Madrid, Alianza, 1986; cit. *supra*.

vio el talento doblegado por el poder para siniestros propósitos y nunca pensó en seguir los pasos del gigantesco mal hasta el poder arbitrario, hasta las distinciones hereditarias que chocan con la superioridad mental que eleva de modo natural a un hombre sobre sus semejantes. No percibió que el poder real, en pocas generaciones, introduce el idiotismo en la estirpe noble y constituye el cebo que vuelve indolentes y viciosos a cientos.

Nada puede colocar el carácter real en una consideración más despreciable que los múltiples crímenes que han elevado a los hombres a la dignidad suprema. Intrigas viles, crímenes contra natura y todo vicio que degrada nuestra naturaleza han sido los escalones de esta distinguida eminencia; y aun así, millones de hombres han consentido sumisos que la descendencia sin cuento de esos rapaces merodeadores descansa tranquila en sus tronos ensangrentados³.

¿Qué sino un pestilente vapor puede cernerse sobre la sociedad cuando su director máximo sólo se halla instruido en la invención de crímenes o en la tonta rutina de ceremonias infantiles? ¿Nunca los hombres serán inteligentes?, ¿nunca cesarán de esperar maíz de la cizaña y peras del olmo?

Para todo hombre resulta imposible, cuando se dan las circunstancias más favorables, adquirir el suficiente conocimiento y fortaleza mental para cumplir los deberes de un rey, al que se ha confiado un poder incontrolado; ¿cómo deben violarse, entonces, cuando su mismo encumbramiento es una barrera insuperable para lograr sabiduría o virtud, cuando todos los sentimientos de un hombre se encuentran ahogados por la adulación y el placer concluye la reflexión! No cabe duda de que es una locura hacer que el destino de cientos dependa del capricho de un semejante débil, cuya mera posición le coloca por

³ ¿Puede haber un insulto más grande a los derechos del hombre que el curso de la justicia en Francia, donde se hizo a un infante el instrumento del detestable Dubois?

debajo del más ruin de sus súbditos. Pero no se debe rebajar un poder para exaltar otro, porque todo poder embriaga al hombre débil, y su abuso comprueba que cuanto mayor igualdad exista entre los hombres, mayor virtud y felicidad reinarán en la sociedad. No obstante, esta máxima y otras similares deducidas de la razón simple levantan una protesta: la Iglesia o el Estado se encuentran en peligro si no se tiene fe ciega en la sabiduría de los tiempos antiguos; y a los que, estimulados por la visión de la calamidad humana, osan atacar su autoridad, se los vilipendia por despreciar a Dios y ser enemigos del hombre. Son calumnias amargas que han alcanzado incluso a uno de los mejores hombres⁴, cuyas cenizas todavía predicán paz y cuya memoria pide una pausa respetuosa, cuando se tratan temas que reposan tan cerca de su corazón.

Tras atacar la majestad sagrada de los reyes, es poco probable que sorprenda al añadir mi firme convicción de que toda profesión cuyo poder radique en una gran subordinación de rango es muy perjudicial para la moralidad.

Un ejército permanente, por ejemplo, es incompatible con la libertad, porque la subordinación y el rigor son los sostenes mismos de la disciplina militar; y el despotismo es necesario para proporcionar vigor a las empresas que uno ordenará. Sólo unos cuantos oficiales pueden sentir el espíritu inspirado por las nociones románticas del honor, una especie de moralidad basada en la moda de la época, mientras que el cuerpo general debe ser movido mediante órdenes, como las olas del mar; porque el fuerte viento de la autoridad empuja adelante con furia temeraria a la muchedumbre de subalternos, que se preocupan poco en saber por qué.

Además, nada puede ser tan perjudicial para la moral de los habitantes de las aldeas campesinas como la residencia temporal de un conjunto de jóvenes indolentes y superficiales, cuya sola preocupación es la galantería y

cuyos modales pulidos vuelven más peligroso el vicio al ocultar su deformidad bajo alegres ropajes ornamentales. Una apariencia de moda, que no es más que un símbolo de esclavitud y prueba que el alma no tiene un carácter individual fuerte, somete a la gente rural a la imitación de los vicios, cuando no pueden captar las gracias evasivas de la cortesía. Todo cuerpo es una cadena de despotas que, al someter y tiranizar sin ejercitar su razón, se convierten en un peso muerto de vicio e insensatez para la comunidad. Un hombre de rango y fortuna, seguro de su ascenso por el interés, no tiene otra cosa que hacer sino perseguir algún capricho excéntrico, mientras que el caballero necesitado, que tiene que ascender, como bien dice la frase, por su mérito, se vuelve un parásito servil o un vil alcabute.

A los marinos les conviene la misma descripción, excepto porque sus vicios adquieren un aspecto diferente y más grosero. Son completamente indolentes, cuando no cumplen las ceremonias de su puesto, mientras que la insignificante agitación de los soldados puede denominarse indolencia activa. Más reducidos a la compañía de los hombres, los primeros adquieren cierta tendencia al humor y las burlas maliciosas, mientras que los últimos, al mezclarse con frecuencia con mujeres bien educadas, adoptan una inclinación sentimental. Pero el entendimiento queda por igual fuera de cuestión, ya den rienda suelta a la carcajada o a la sonrisa cortés.

¿Se me permitiría extender la comparación a una profesión donde se tiene que hallar con certeza mayor entendimiento, puesto que el clero tiene oportunidades superiores para perfeccionarse, aunque la sumisión restringe casi por igual sus facultades? La ciega sumisión impuesta en el seminario para formar la fe sirve de noviciado al cura, que debe respetar servilmente la opinión de su rector o patrón si quiere prosperar en su profesión. Quizá no pueda darse un contraste más enérgico que el existente entre el modo de andar servil y dependiente de un pobre cura y el porte cortés de un obispo. Y el respeto y despre-

⁴ El doctor Price.

cio que inspiran hacen la ejecución de sus distintas funciones igualmente inservible.

Es de gran importancia observar que el carácter de todo hombre se halla formado, en cierto grado, por su profesión. Un hombre con sentido puede que sólo presente un moldeamiento de talante que desaparezca cuando se descubra su individualidad, mientras que el hombre común y débil rara vez posee otro carácter que no sea el que pertenece al cuerpo; finalmente, todas sus opiniones han sido tan impregnadas en la cuba consagrada por la autoridad, que no puede distinguirse el tenue alcohol que producen las uvas de su vino propio.

Así pues, la sociedad, como se hace evidente cada vez más, debe ser muy cuidadosa en no establecer cuerpos de hombres que necesariamente se volverán viciosos o necios por la misma constitución de sus profesiones.

En la infancia de la sociedad, cuando los hombres se hallaban saliendo de la barbarie, los jefes y los sacerdotes, al tocar los resortes más poderosos de la conducta salvaje, la esperanza y el temor, debían poseer un ascendiente ilimitado. La aristocracia, sin duda, es naturalmente la primera forma de gobierno. Pero, al perder pronto el equilibrio los intereses encontrados, surgen la monarquía y la jerarquía de la confusión de las luchas ambiciosas, y se aseguran los cimientos de ambas mediante las posesiones feudales. Esto parece ser el origen del poder de la monarquía y el clero, y el alba de la civilización. Pero esos materiales combustibles no pueden contenerse largo tiempo y, al hallar salida en las guerras exteriores y en las insurrecciones intestinas, el pueblo adquiere algún poder en el tumulto, que obliga a sus gobernantes a disculpar su opresión mostrando su derecho. Así, según las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura expanden el entendimiento, los déspotas se ven obligados a hacer que la corrupción encubierta mantenga firme el poder que en sus orígenes se arrebató por la fuerza abierta⁵. Y esta venenosa gangrena latente se extiende

⁵ Los hombres de facultades esparcen semillas que crecen y tienen

con mayor rapidez mediante la lujuria y la superstición, escorias seguras de la ambición. El títiro indolente de una corte al principio se vuelve un monstruo lujurioso o un sensualista exigente y luego se contagia de lo que su estado innatural propaga, se hace el instrumento de la tiranía.

La púrpura pestilente es la que convierte en una maldición el progreso de la civilización y deforma la comprensión, hasta que los hombres sensibles dudan si la expansión del intelecto produce una mayor porción de felicidad o de desdicha. Pero la naturaleza del veneno indica su antídoto; y si Rousseau hubiera remontado un escalón más en su investigación o su mirada hubiera podido traspasar la atmósfera neblinosa que no se dignó casi a respirar, su mente activa se habría lanzado a contemplar la perfección del hombre en el establecimiento de la civilización verdadera, en lugar de tomar su feroz vuelo atrás, a la noche de la ignorancia sensual.

gran influencia en la formación de opinión; y una vez que la opinión pública predomine a través del ejercicio de la razón, el derrocamiento del poder arbitrario no estará muy distante.

Capítulo II

Discusión sobre la opinión prevaleciente de un carácter sexual

Con el fin de explicar la tiranía de los hombres y excusarla, se han esgrimido muchos argumentos ingeniosos para probar que los dos sexos, en la adquisición de la virtud, deben apuntar a alcanzar un carácter muy diferente; o, para hablar de modo más explícito, no se admite de las mujeres que tengan la suficiente fortaleza mental para adquirir lo que realmente merece el nombre de virtud. No obstante, al admitir que tienen almas, debería parecer que sólo hay un camino dispuesto por la Providencia para dirigir a la *humanidad* a la virtud o la felicidad.

Luego, si las mujeres no son enjambres de frívolas efímeras, ¿por qué hay que mantenerlas en la ignorancia bajo el nombre engañoso de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de la insensatez y los caprichos de nuestro sexo, cuando no satirizan con agudeza nuestras impetuosas pasiones y nuestros vicios serviles. Debería responder: ¡he ahí el efecto natural de la ignorancia! La mente que solo se apoya en prejuicios siempre será inestable y la corriente avanzará con furia destructiva cuando no haya barreras que rompan su fuerza. Desde su in-

fancia se les dice a las mujeres, y lo aprenden del ejemplo de sus madres, que un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado justamente astucia, un genio suave, obediencia *externa* y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril les obtendrá la protección del hombre; y si son hermosas, no se necesita nada más, al menos durante veinte años de sus vidas!

Así describe Milton a nuestra primera y frágil madre; aunque, cuando nos dice que a las mujeres las forma la gracia suave, dulce y atractiva, no puedo comprender su significado, a menos que, en el verdadero sentido mahometano, quiera privarnos de almas e insinuar que sólo somos seres designados por la gracia dulce y atractiva y la obediencia ciega y dócil a satisfacer los sentidos del hombre cuando no puede por más tiempo remontarse en las alas de la contemplación*.

¡De qué modo tan grosero nos insulta quien así nos aconseja convertirnos sólo en animales gentiles y domésticos! Por ejemplo, la atractiva dulzura, tan calurosa y frecuentemente recomendada, que gobierna mediante la obediencia. ¡Qué pueril expresión y qué insignificante es el ser —¿puede ser inmortal?— que condesciende a gobernar por métodos tan siniestros! Lord Bacon dice: «Ciertamente, el hombre pertenece a la familia de las bestias por su cuerpo; y si no perteneciera a la de Dios por su espíritu, sería una criatura baja e innoble»**. Realmente me parece que los hombres actúan de modo muy poco filosófico cuando tratan de lograr la buena conducta de las mujeres intentando mantenerlas para siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más consecuente cuando quiso detener el progreso de la razón en ambos sexos, porque si los hombres comen del árbol del conoci-

miento, las mujeres irán a probarlo; pero del cultivo imperfecto que reciben ahora sus entendimientos sólo obtienen el conocimiento del mal.

Concedo que los niños deben ser inocentes; pero cuando este epíteto se aplica a hombres o mujeres, sólo constituye un término cortés para la debilidad. Porque si se admite que las mujeres fueron destinadas por la Providencia para adquirir las virtudes humanas y, mediante el ejercicio de su entendimiento, esa estabilidad de carácter que es el terreno más firme donde sustentar nuestras esperanzas futuras, se les debe permitir volverse a la fuente de luz y no forzarlas a moldear su desarrollo por el centelleo de un mero satélite. Concedo que Milton fue de una opinión muy diferente, ya que sólo se inclina ante el irrevocable derecho de la belleza, aunque sea difícil hacer consecuentes dos pasajes que quiero contrastar ahora. Pero a menudo sus sentidos conducen a otros grandes hombres a inconsistencias similares.

Adornada de *perfecta* belleza
Le dijo Eva: «Mi autor y mi señor,
Lo que me pides haré *sin replicar*;
Así lo ordena Dios. Dios es *tu ley*
Y *tú la mía*; no saber nada más
Es la ciencia *mayor* de una mujer
Y su mejor *elogio**.

Éstos son exactamente los argumentos que he utilizado para los niños, pero he añadido: vuestra razón ahora está ganando fortaleza y hasta que llegue a cierto grado de madurez, debéis pedirme consejo; después tenéis que pensar y sólo confiar en Dios.

No obstante, en los versos siguientes Milton parece coincidir conmigo, cuando hace que Adán discuta así con su Hacedor:

* Citado por la edición de Esteban Pujals, *El Paraíso perdido*, Madrid, Cátedra, 1986. [N. de la T.]

* Todas las referencias siguientes a John Milton (1608-1674), muy admirado en el círculo de J. Johnson, lo son al *Paraíso Perdido*. Edición castellana en Madrid, Cátedra, 1986.

** Francis Bacon, «Of Atheism», *Ensayo XVI*. Edición castellana de los *Ensayos* en Barcelona, Orbis, 1985.

¿No me has hecho tú aquí tu substituto,
 Poniendo a esas criaturas inferiores
 Por debajo de mí? Entre *desiguales*,
 ¿Qué sociedad, qué armonía, qué auténtico
 Deleite se puede establecer? Ya que
 Todo debe ser mutuo, y en la misma
 Proporción entregado y recibido;
 Pero en *desigualdad*, el uno intenso
 Y el otro negligente, mal se pueden
 Acomodar, y pronto nace el tedio.
 Hablo de *compañía*, tal y como
 La busco, capaz de participar
 En todo goce racional.

Así pues, al tratar sobre los modales de las mujeres, desechemos los argumentos sensuales y descubramos lo que deben intentar hacer para cooperar, si la expresión no es demasiado osada, con el Ser Supremo.

Por educación individual entiendo, porque el sentido de la palabra no está definido con precisión, una atención tal al niño que agudice lentamente los sentidos y forme el genio, regule las pasiones cuando comienzan a fermentar y ponga a trabajar el entendimiento antes de que el cuerpo alcance la madurez, de modo que el hombre sólo tenga que continuar, no comenzar, la importante tarea de aprender a razonar y pensar.)

Para prevenir cualquier tergiversación, debo añadir que no creo que la educación personal pueda llevar a cabo las maravillas que algunos escritores optimistas le han atribuido. Los hombres y las mujeres deben educarse, en gran medida, mediante las opiniones y modales de la sociedad en la que vivan. En toda época ha existido una corriente de opinión popular que lo ha arrollado todo y ha dado al siglo, por decirlo así, un carácter familiar. Puede inferirse con justeza entonces que, hasta que la sociedad no esté constituida de modo diferente, no es posible esperar mucho de la educación. Sin embargo, es

suficiente para mi propósito presente afirmar que, sea cual fuere el efecto que las circunstancias tengan sobre las facultades, todo ser puede hacerse virtuoso mediante el ejercicio de su propia razón, porque si uno solo fuera creado con inclinaciones viciosas, esto es, positivamente malo, ¿qué puede salvarnos del ateísmo? o si adoramos a un Dios, ¿no es este Dios un demonio?

En consecuencia, la educación más perfecta es, en mi opinión, un ejercicio del entendimiento, calculado lo mejor posible para fortalecer el cuerpo y formar el corazón. O, en otras palabras, para posibilitar al individuo la consecución de hábitos de virtud que le hagan independiente. De hecho, es una farsa llamar virtuoso a un ser cuyas virtudes no resultan del ejercicio de su propia razón. Ésta era la opinión de Rousseau con respecto a los hombres; yo la extiendo a las mujeres y afirmo con toda confianza que se las ha sacado de su esfera mediante el falso refinamiento y no por el esfuerzo de adquirir cualidades masculinas. Sin embargo, el homenaje real que reciben es tan embriagador, que hasta que no cambien los modales de la época y se formen sobre principios más razonables, puede que sea imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen al degradarse es una maldición y de que deben volver a la naturaleza y la igualdad si quieren conseguir la satisfacción apacible que comunican los afectos. Pero en esta época debemos esperar, quizá, hasta que los reyes y nobles, instruidos por la razón y al preferir la dignidad real del hombre al estado de infantilismo, se sacudan sus ostentosas galas hereditarias, y si entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de la belleza, probarán que tienen menos inteligencia que el hombre.

Se me puede acusar de arrogancia, pero, de todos modos, debo declarar que creo con firmeza que todos los escritores que han tratado el tema de la educación y los modales femeninos, desde Rousseau hasta el doctor Gregory, han contribuido a hacer a las mujeres más artificiales, caracteres débiles que de otro modo no habrían sido y, como consecuencia, miembros más inútiles de la socie-

dad*. Podría haber expresado esta convicción en un tono más bajo, pero me temo que habría sido el gimoteo de la afectación y no la ferviente expresión de mis sentimientos, del resultado claro que la experiencia y la reflexión me han llevado a extraer. Al llegar a esta parte del tema, debería referirme a los pasajes que desapruebo más en las obras de los autores aludidos; pero primero es preciso observar que mi objeción se extiende a la intención general de estos libros que, en mi opinión, tienden a degradar a una mitad de la especie humana y a hacer agradables a las mujeres a expensas de toda sólida virtud.

Sin embargo, para razonar en el terreno de Rousseau, si el hombre ha obtenido un grado de perfección cuando su cuerpo llega a la madurez, sería propio que, para hacer a éste y su esposa *uno*, ella se fiara de su entendimiento; y la hiedra airosa, abrazando al roble que la sostiene, formaría un todo en el que fuerza y belleza destacarían por igual. Pero, ¡ay!, los maridos, al igual que sus compañeras, a menudo sólo son niños grandes —mejor dicho, gracias al libertinaje precoz, apenas hombres en su forma externa—, y si la ceguera conduce a ceguera, no se necesita venir del cielo para contarnos las consecuencias.

(Muchas son las causas que, en el actual estado corrupto de la sociedad, contribuyen a esclavizar a las mujeres, estorbando el entendimiento y agudizando sus sentidos. Quizá una que de forma silenciosa hace mayor mal que todas las restantes es su indiferencia hacia el orden.)

Hacer todo de modo ordenado es un precepto de la mayor importancia que en general las mujeres, al recibir sólo una especie de educación desordenada, rara vez tienen en cuenta con la exactitud que lo observan los hombres, domeñados desde la infancia por el método. Esta especie de conjetura negligente —porque, ¿qué otro epíteto puede usarse para indicar el ejercicio al azar de una

* Dr. John Gregory (1724-1773) escribió uno de los libros de conducta para mujeres más populares de la época, *A Father's Legacy to His Daughters*, Londres, 1774.

suerte de sentido común instintivo que nunca ha pasado la prueba de la razón?— les impide extraer generalizaciones de los hechos; así que hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque lo hicieron ayer.

(Este desprecio del entendimiento en las primeras etapas de la vida tiene consecuencias más funestas que lo que comúnmente se supone; porque el pequeño conocimiento que las mujeres de mente poderosa alcanzan es, por distintas circunstancias, de una especie más inconexa que el de los hombres y se adquiere más por simples observaciones de la vida real que de comparar lo que se ha observado de modo individual, generalizando los resultados de la experiencia mediante la especulación.) Llevadas por su situación dependiente y sus ocupaciones domésticas a estar más en sociedad, lo que aprenden es a retazos y como, en general, el aprender es para ellas sólo algo secundario, no siguen ninguna línea con ese perseverante ardor necesario para dar vigor a las facultades y claridad al juicio. En el estado presente de la sociedad, se requiere un pequeño aprendizaje para respaldar el carácter de un caballero, y se obliga a los niños a someterse a unos cuantos años de disciplina. Pero, en la educación de las mujeres, el cultivo del entendimiento siempre se subordina a la adquisición de ciertas dotes corporales. Aun así, debilitado por el confinamiento y las nociones falsas de modestia, se impide al cuerpo alcanzar esa gracia y belleza que nunca manifiestan los miembros relajados y a medio formar. Además, en las jóvenes no se ponen de manifiesto sus facultades mediante la emulación y al no contar con estudios científicos serios, si tienen una sagacidad natural, se inclina demasiado pronto hacia la vida y los modales. Se extienden sobre efectos y modificaciones, sin descubrir sus causas, y las complicadas reglas que rigen la conducta son un débil sustituto para los principios fundamentales.)

Como prueba de que la educación proporciona esa apariencia de debilidad a las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, a quienes, como a ellas, se los

envía al mundo antes de que sus mentes se hayan pertrechado de conocimiento o se hayan fortalecido mediante principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren cierto conocimiento superficial, atrapado en la corriente confusa de la conversación, y, de mezclarse continuamente en sociedad, alcanzan lo que se denomina conocimiento del mundo. Esta familiaridad con modales y costumbres se ha confundido a menudo con un conocimiento del corazón humano. Pero, ¿puede el fruto tosco de la observación casual, que nunca ha pasado la prueba del juicio, formado mediante la comparación y la experiencia, merecerse tal distinción? Los soldados y las mujeres practican las virtudes menores con una cortesía meticulosa. Luego, ¿dónde está la diferencia sexual cuando la educación ha sido la misma? Todas las diferencias que puedo discernir surgen de la libertad, ventaja superior que permite a los primeros ver más de la vida.

Quizá sea divagar del tema presente hacer una observación política, pero como ha surgido naturalmente al hilo de mis reflexiones, no la pasaré por alto.

Los ejércitos permanentes nunca pueden estar formados por hombres resueltos y vigorosos; podrán ser máquinas bien disciplinadas, pero rara vez contarán con hombres bajo la influencia de fuertes pasiones o facultades muy enérgicas; y en cuanto a la profundidad del entendimiento, me aventuraré a afirmar que resulta tan raro encontrarla en el ejército como entre las mujeres. Y mantengo que la causa es la misma. Puede observarse además que los oficiales dedican también una atención especial a sus personas, les gusta bailar, las habitaciones repletas de gente, las aventuras y las burlas¹. Al igual que para el bello sexo, el objetivo de sus vidas es el galanteo;

¹ ¿Por qué debe censurarse con acritud quisquillosa de las mujeres que se apasionen por las casacas escarlata? ¿No las ha colocado la educación en el plano de los soldados más que en el de cualquier otra clase de hombres?

(se les enseñan a agradar y sólo viven para ello. No obstante, no pierden su rango en la distinción de los sexos, porque aún se los reconoce superiores a las mujeres, aunque es difícil descubrir en qué consiste su superioridad; más allá de lo que acabo de mencionar.

El gran infortunio es éste, que ambos adquieren modales antes que moral y conocimiento de la vida antes de que hayan comprendido, mediante la reflexión, el gran esbozo ideal de la naturaleza humana. La consecuencia es obvia. Satisfechos con la naturaleza común, son presa de los prejuicios y al asumir todas las opiniones sobre su honor, se someten ciegamente a la autoridad. Así que, si tienen algún sentido, es una especie de mirada instintiva que capta proporciones y decide respecto a los modales, pero fracasa cuando deben seguirse argumentos bajo la superficie o analizarse las opiniones.

¿No puede aplicarse el mismo comentario a las mujeres? Mejor dicho, el argumento puede llevarse aún más lejos, puesto que las distinciones innaturales establecidas en la vida civilizada han dejado a ambos sin un puesto de utilidad. Las riquezas y los honores hereditarios han hecho de las mujeres ceros para dar importancia a las cifras; y la indolencia ha producido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva a los mismos hombres, esclavos de sus concubinas, a tiranizar a sus hermanas, esposas e hijas. Es cierto que esto es sólo mientras se las mantenga como soldados rasos. Fortalezcamos la mente femenina ensanchándola y será el final de la obediencia ciega; pero como el poder busca la obediencia ciega, los tiranos y sensualistas están en lo cierto cuando tratan de mantener a la mujer en la oscuridad, porque el primero sólo quiere esclavos y el último un juguete. De hecho, el sensualista ha sido el más peligroso de los tiranos, embaucadas las mujeres por sus amantes, como los príncipes por sus ministros, mientras soñaban que reinaban sobre ellos.

Ahora hago referencia en especial a Rousseau, porque su personaje de Sofía es sin duda cautivador, aunque me

parece enormemente artificial*. Sin embargo, no quiero atacar la estructura superficial, sino los cimientos de su carácter, los principios en los que se basa su educación; es más, a pesar de la cálida admiración que siento por el genio de este capaz escritor, cuyas opiniones tendré a menudo ocasión de citar, ésta se trueca siempre en indignación y el ceño adusto de la virtud insultada borra la sonrisa de complacencia que sus párrafos elocuentes acostumbra a suscitar, cuando leo sus ensueños voluptuosos. ¿Es éste el hombre que, en su ardor por la virtud, desterraba todas las artes delicadas de la paz y casi nos hacía regresar a la disciplina espartana? ¿Es éste el hombre que se deleita en pintar la provechosa lucha de la pasión, el triunfo de las buenas disposiciones y los vuelos heroicos que transportan fuera de sí al alma candente? ¿Cómo se rebajan estos inmensos sentimientos cuando describe el lindo pie y el ademán seductor de su favorita! Pero, por el momento, renuncio al tema y, en lugar de reprender con severidad las efusiones pasajeras de una sensibilidad arrogante, sólo observaré que cualquiera que haya vuelto los ojos a la sociedad a menudo debe haberse sentido satisfecho por la vista del humilde amor mutuo que no está exaltado por el sentimiento o fortalecido por la unión en afanes intelectuales. Las pequeñeces domésticas diarias han proporcionado asuntos para conversar animadamente y las caricias inocentes han suavizado labores que no requirieron gran ejercicio mental o capacidad de pensamiento. La visión de esta felicidad moderada ¿no excita más ternura que respeto? —una emoción similar a la que sentimos cuando los niños juegan o los animales retozan²—; mientras que la contemplación de la noble lu-

² Sentimientos similares origina Milton en mi mente con su amena descripción de la felicidad paradisiaca; sin embargo, en lugar de envidiar a la amante pareja, he vuelto al infierno con dignidad cons-

* El prototipo femenino del libro V del *Emilio* de Rousseau a cuya crítica dedica Wollstonecraft buena parte de su obra. Edición castellana, *Emilio, o De la Educación*, Madrid, Alianza, 1990.

cha del mérito que nuestro despierta admiración y transporta nuestros pensamientos a ese mundo donde la pasión cederá el lugar a la razón.

Así pues, las mujeres tienen que ser consideradas seres morales o bien tan débiles que deben someterse por entero a las facultades superiores de los hombres. (

Examinemos esta cuestión. [Rousseau declara que una mujer nunca debe ni por un momento sentirse independiente, que debe regirse por el miedo a ejercitar su astucia *natural* y hacerse una esclava coqueta para volverse un objeto de deseo más atrayente, una compañía más *dulce* para el hombre cuando quiera relajarse. Lleva aún más lejos el argumento, que pretende extraer de los indicios de la naturaleza, e insinúa que verdad y fortaleza, las piedras angulares de toda virtud humana, deben cultivarse con ciertas restricciones, porque, con respecto al carácter femenino, la obediencia es la gran lección que debe inculcarse con vigor inflexible.

¡Qué disparate! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con la suficiente fortaleza mental para soplar de encima los humos que el orgullo y la sensualidad han extendido sobre el tema? Si las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres, sus virtudes deben ser las mismas en cuanto a calidad, si no en cuanto a grado, o la virtud es una idea relativa; en consecuencia, su conducta debe basarse en los mismos principios y tener el mismo objetivo.]

Conectadas con el hombre como hijas, esposas y madres, su carácter moral puede estimarse por el modo en que desempeñan estas simples obligaciones; pero el fin, el gran fin de su esfuerzo, debe ser desarrollar sus propias

cientemente o satánico orgullo para conseguir objetivos más sublimes. Del mismo modo, cuando he contemplado algún noble monumento de las artes humanas, he descubierto la emanación divina en el orden que admiraba, hasta que, descendiendo de esa altura vertiginosa, he quedado atrapada en la contemplación de la mayor de todas las visiones humanas; porque la imaginación rápidamente se situó en algún solitario retiro, proscrito de la fortuna, y se alzó superior a la pasión y el descontento.

facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden intentar hacer su camino placentero, pero no deben olvidar nunca, al igual que el hombre, que la vida no produce la felicidad que puede satisfacer a un alma inmortal. No quiero insinuar que cualquiera de los dos sexos deba perderse tanto en reflexiones abstractas o visiones distantes como para olvidar los afectos y las obligaciones que tiene delante y que son, en verdad, los medios designados para producir el fruto de la vida; por el contrario, les sugeriría calurosamente, e incluso afirmo, que proporcionan mayor satisfacción cuando se consideran a su luz verdadera y sobria.

Es probable que la opinión prevaleciente de que la mujer fue creada para el hombre haya surgido de la historia poética de Moisés; no obstante, como se da por sentado que muy pocos han dedicado algún pensamiento serio al asunto siempre creído de que Eva era, literalmente hablando, una costilla de Adán, debe permitirse que la deducción se venga abajo o sólo se admita para probar que al hombre, desde la antigüedad más remota, le pareció conveniente ejercer su fuerza para subyugar a su compañera y utilizó su invención para mostrar que ésta debía doblar su cuello bajo el yugo porque toda la creación se había sacado de la nada para su conveniencia y placer.

Que no se concluya que quiero invertir el orden de las cosas. Ya he concedido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen estar designados por la Providencia para obtener un grado mayor de virtud. Hablo del sexo en su conjunto; pero no veo sombra de razón para concluir que sus virtudes deban diferir respecto a su naturaleza. De hecho, ¿cómo podría ser así, si la virtud tiene sólo un patrón eterno? Así pues, si razono de forma consecuente, debo mantener tan vigorosamente que tienen la misma dirección simple como que existe un Dios.

Se sigue, entonces, que la astucia no debe oponerse a la sabiduría, los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos o la suavidad insípida, barnizada con el nombre de

gentileza, a la fortaleza que sólo pueden inspirar las grandes perspectivas.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchas de sus gracias peculiares y se podría citar la opinión de un poeta conocido para refutar mi afirmación incompetente. Porque Pope ha dicho, en nombre de todo el sexo masculino:

Sin embargo, nunca tan segura nuestra pasión para crear como cuando ella tocó el borde de todo lo que odiamos*.

Dejaré al juicioso que determine a qué luz coloca esta ocurrencia a hombres y mujeres. Mientras tanto, me contentaré con observar que no puedo descubrir por qué, salvo porque son mortales, debe degradarse siempre a las mujeres subordinándolas al amor o la lujuria.

Sé que hablar irrespetuosamente del amor es una alta traición contra los sentimientos nobles; pero quiero hablar el lenguaje simple de la verdad y dirigirme más a la cabeza que al corazón. Tratar de razonar por completo el amor del mundo sería una quijotada y ofende por igual al sentido común; pero parece menos estrafalario un intento por refrenar esta pasión tumultuosa y por probar que no debe permitírsele destronar poderes superiores o usurpar el cetro que el entendimiento ha de empuñar serenamente.

La juventud es la etapa del amor para ambos sexos y en esos días de placer irreflexivo, deben hacerse provisiones para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión ocupa el lugar de la sensación. Pero Rousseau y la mayoría de los escritores que han seguido sus pasos han inculcado con ardor que la educación de las mujeres

* Alexander Pope (1688-1774), *Moral Essays*, II. No existe edición en catálogo de los ensayos de Pope en castellano. La edición más reciente de sus obras completas en inglés es la de E. Whitewell (ed.), *Alexander Pope. Works*, 10 vols. (1992). Reimpresión de la edición de 1871.

debe dirigirse por completo a un punto: a hacerlas placenteras.

Quiero razonar con los que apoyan esta opinión y tienen algún conocimiento de la naturaleza humana. ¿Imaginan que el matrimonio puede erradicar un hábito de vida? La mujer a la que sólo se le ha enseñado a agradar pronto descubrirá que sus encantos son rayos de sol oblicuos y que no tienen mucho efecto sobre el corazón de su marido cuando se ven todos los días, cuando el verano ya ha pasado. ¿Tendrá entonces suficiente energía innata para buscar sosiego en sí misma y cultivar sus facultades dormidas?, ¿o no resulta más racional esperar que tratará de agradar a otros hombres y olvidar, con las emociones de las nuevas conquistas, la mortificación que han recibido su amor o su orgullo? Cuando el marido deja de ser un amante, e inevitablemente llegará el momento, su deseo de agradar se hará lánguido o se volverá amargura; y quizá el amor, la más efímera de todas las pasiones, deje paso a los celos o a la vanidad.

Hablo de las mujeres que se contienen por principios o prejuicios. Aunque les repugnaría una intriga amorosa con aborrecimiento real, desean ser convencidas mediante el homenaje galante de que son cruelmente des-cuidadas por sus maridos; o pasan días y semanas soñando con la felicidad que disfrutaban las almas afines, hasta que el descontento socava su salud y quiebra su espíritu. ¿Cómo puede, entonces, el gran arte de agradar ser un estudio tan necesario? Sólo lo es para una concubina. La esposa casta y madre seria debe considerar su poder de agradar sólo como el pulimento de sus virtudes, y el cariño de su marido, uno de los consuelos que hacen su tarea menos difícil y su vida más feliz. Pero, sea amada o des-cuidada, su primer deseo debe consistir en hacerse respetable y no depender para toda su felicidad de un ser sujeto a sus mismas debilidades.

El ilustre doctor Gregory cayó en un error similar. Respeto su corazón, pero desapruuebo por completo su celebrado *Legacy to his Daughters*.

Les aconseja cultivar la afición a los vestidos porque afirma que es lo natural en ellas. No soy capaz de comprender qué es lo que quieren decir él o Rousseau cuando usan con frecuencia este término indefinido. Si nos dijeran que, en un estado previo, al alma le gustaban los vestidos y trajo esta inclinación con ella a un nuevo cuerpo, debería escucharlos con cierta sonrisa, como hago a menudo cuando oigo desvariar sobre la elegancia innata. Pero si sólo quieren decir que el ejercicio de las facultades producirá esta inclinación, lo niego. No es natural, sino que surge, como la falsa ambición en los hombres, del amor al poder.

El doctor Gregory va mucho más lejos. En realidad recomienda el disimulo y aconseja a una muchacha inocente mentir sobre sus sentimientos y no bailar con brío, cuando la alegría de corazón haría a sus pies elocuentes sin volver sus ademanes inmodestos. En nombre de la verdad y el sentido común, ¿por qué no debe reconocer una mujer que puede hacer más ejercicio que otra o, en otras palabras, que tiene una constitución robusta?, ¿y por qué, para sofocar la viveza inocente, ha de decirse de forma oscura que los hombres sacarán conclusiones en las que ella piensa poco? Que el libertino saque las inferencias que le plazcan; pero espero que ninguna madre sensata restrinja la franqueza natural de la juventud al instilar tales cautelas indecentes. De la abundancia del corazón habla la boca y uno más sabio que Salomón ha dicho que éste debe purificarse y no guardar ceremonias superficiales, lo que no resulta muy difícil cumplir con exactitud escrupulosa cuando el vicio reina en él.

Las mujeres deben tratar de purificar su corazón, pero ¿pueden hacerlo cuando sus entendimientos sin cultivar las hacen dependientes por completo de sus sentidos para estar ocupadas y divertirse, cuando no cuentan con actividades nobles que las coloquen por encima de las pequeñas vanidades diarias o les permitan refrenar las emociones salvajes que agitan al junco, sobre el que toda brisa pasajera tiene poder? Para ganar el afecto de

un hombre virtuoso, ¿es necesaria la afectación? La naturaleza ha dado a la mujer una estructura más débil que al hombre; pero, para asegurarse el afecto de su marido, una esposa que, mediante el ejercicio de su mente y cuerpo mientras cumplía las obligaciones de una hermana, esposa y madre, ha permitido a su constitución retener su fuerza natural y a sus nervios un tono saludable, ¿debe condescender a usar artes y fingir una delicadeza enfermiza? La debilidad puede excitar la ternura y satisfacer el orgullo arrogante del hombre; pero las caricias condescendientes de un protector no gratificarán a una mente noble que anhela y merece ser respetada. ¿La afectuosidad es un pobre sustituto de la amistad?

Concedo que en un serrallo todas estas artes son necesarias; el sibarita debe sentir cosquillas en el paladar o se hundirá en la apatía; ¿pero tienen las mujeres tan poca ambición como para estar satisfechas con tal condición? ¿Pueden pasarse la vida soñando en brazos del placer o de la languidez del hastío, en lugar de afirmar su derecho a lograr placeres razonables y hacerse notables por practicar las virtudes que dignifican a la humanidad? Ciertamente no tiene un alma inmortal quien puede desperdiciar la vida sólo en adornar su persona, cuando podría entretener las lánguidas horas y suavizar las preocupaciones de un semejante deseoso de ser animado por sus sonrisas y bromas al acabar los asuntos serios de la vida.

Además, la mujer que al ocuparse de su familia y practicar varias virtudes fortalece su cuerpo y ejercita su mente, se convertirá en la amiga de su marido, en lugar de ser una humilde subordinada; y si poseer tales cualidades sustanciales merece su estimación, no le parecerá necesario disimular su afecto o pretender una frialdad innatural para excitar las pasiones de su marido. De hecho, si volvemos los ojos a la historia, hallaremos que las mujeres que se han distinguido no han sido las más hermosas ni las más gentiles de su sexo.

La Naturaleza o, para hablar con propiedad, Dios ha

hecho todas las cosas rectas; pero el hombre ha realizado muchas invenciones para echar a perder su obra. Ahora hago alusión a la parte del tratado del doctor Gregory donde aconseja a una esposa no permitir nunca que su marido conozca la magnitud de su sensibilidad o afecto. Precaución voluptuosa, tan ineficaz como absurda. El amor, por su misma naturaleza, debe ser transitorio. Buscar un secreto que lo haga constante sería una tarea tan extravagante como la búsqueda de la piedra filosofal o la gran panacea; y su descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien pernicioso, para la humanidad. El galardón más sagrado de la sociedad es la amistad. Como bien señaló un sagaz escritor satírico, «raro como es el amor verdadero, más rara aún es la verdadera amistad»*. Esto es algo evidente y su causa poco oscura, por lo que sólo requerirá un breve examen.

El amor, la pasión común en la que la casualidad y la sensación ocupan los puestos de la elección y la razón, lo siente, en algún grado, toda la humanidad, por lo que no resulta necesario en este momento hablar de las emociones que suscita o las que se esconden bajo él. Esta pasión, que aumenta de forma natural por la incertidumbre y las dificultades, saca a la mente de su estado habitual y exalta los afectos; pero en la seguridad del matrimonio, que permite calmar la fiebre del amor, sólo los que no tienen suficiente intelecto para sustituir la admiración ciega y las emociones sensuales de la inclinación por la ternura calmada de la amistad y la confianza del respeto piensan que una temperatura saludable es insípida.

Éste es, debe ser, el curso de la naturaleza. La amistad o la indiferencia suceden de forma inevitable al amor y esta constitución parece armonizar perfectamente con el sistema de gobierno que prevalece en el mundo moral. Las pasiones espolean a la acción y abren la mente, pero se rebajan a meros apetitos, se convierten en una gratifi-

* La Rochefoucauld (1613-1680), *Máximas*, Barcelona, Planeta, 1984 o Madrid, Akal, 1984.

cación personal y momentánea, cuando se consigue el objeto y la mente satisfecha descansa en su disfrute. El hombre que contaba con alguna virtud mientras luchaba por una corona, a menudo se convierte en un tirano voluptuoso cuando ésta ciñe su frente; y cuando el amante no se pierde en el esposo, presa de los caprichos infantiles y los celos, descuida los serios deberes de la vida y derrocha las caricias que debían provocar la confianza de sus hijos en una niña grande: su esposa.

Para cumplir con las obligaciones de la vida y ser capaces de prosëguir con vigor las distintas ocupaciones que forman el carácter moral, el padre y la madre de una familia no deben seguir amándose con pasión. Quiero decir que no deben dar rienda suelta a aquellas emociones que perturban el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que han de emplearse de otro modo. La mente que nunca ha estado absorta en un objeto carece de vigor, y es débil si esta situación dura mucho tiempo.

Una educación errónea, una mente estrecha y sin cultivar y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que los hombres, pero por el momento no me ocuparé de este aspecto del tema. Iré aún más lejos y adelantaré, sin ánimo de paradoja, que con frecuencia un matrimonio infeliz ofrece ventajas para la familia y que, en general, la esposa abandonada es la mejor madre. Y aún sería más de este modo si la mente femenina fuera más amplia, porque parece designio divino que el disfrute que conseguimos en el presente debe deducirse del tesoro de la vida, la experiencia; y que cuando estamos recolectando las flores del día y deleitándonos de placer no podemos atrapar al mismo tiempo el fruto sólido del trabajo constante y la sabiduría. El camino se extiende ante nosotros y tenemos que girar a izquierda o derecha; el que pase la vida yendo de un placer a otro no ha de quejarse si no adquiere sabiduría ni un carácter respetable.

Supongamos por un momento que el alma no es inmortal y que el hombre sólo fue creado para el escenario

presente. Creo que tendríamos razón en quejarnos de que el amor, el cariño infantil, se hace insípido y deja de interesar al sentido. Comamos, bebamos y amemos porque mañana moriremos, sería, de hecho, el lenguaje de la razón, la moral de la vida; ¿y quién sino un loco abandonaría una realidad por una sombra efímera? Pero si temerosos al observar los poderes perfectibles de la mente no nos dignamos a confinar nuestros deseos o pensamientos a un campo de acción tan pobre en comparación, que sólo parece grande e importante cuando se conecta con perspectivas ilimitadas y esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay de conductas falsas y por qué debe violarse la sagrada majestad de la virtud para retener un bien engañoso que destruye el fundamento mismo de la virtud? ¿Por qué ha de contaminarse la mente femenina con las artes de la coquetería para satisfacer al sensualista y evitar que el amor se convierta en amistad o en ternura misericordiosa, cuando no existan cualidades sobre las que levantar aquélla? Dejemos que el corazón honesto se muestre como es y la razón enseñe a la pasión a someterse a la necesidad; o que la digna búsqueda de la virtud y el conocimiento eleve la mente sobre aquellas emociones que amargan más que endulzan la copa de la vida, cuando no se hallan confinadas a los límites debidos.

No quiero hacer alusión a la pasión romántica, que es concomitante al genio. ¿Quién puede cortar sus alas? Pero esa gran pasión que no es proporcional a los disfrutes insignificantes de la vida sólo es cierta para el sentimiento y se alimenta en sí misma. Las pasiones que se han celebrado por su duración siempre han sido desafortunadas. Han adquirido fortaleza por la ausencia y la melancolía que las conforman. La imaginación ha girado en torno a una forma de belleza difícil de percibir; pero la familiaridad puede que haya tornado la admiración en disgusto o, al menos, en indiferencia y que haya permitido a aquélla, ociosa, comenzar un nuevo juego. Según esta visión de las cosas, Rousseau hace con perfecta propiedad que la dueña de su alma, Eloísa, ame a St. Preux

cuando la vida se iba marchitando ante ella; pero esto no prueba la inmortalidad de la pasión*.

Del mismo tipo es el consejo del doctor Gregory respecto a la delicadeza de sentimientos, que aconseja no adquirir a la mujer si ha resuelto casarse. Sin embargo, llama a esta determinación, perfectamente consecuente con su consejo anterior, *indecorosa* y persuade a sus hijas con la mayor seriedad de que la disimulen, aunque gobierne su conducta, como si fuera indecoroso tener los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral!, consecuente con la prudencia precavida de un alma pequeña que no puede extender sus consideraciones más allá del minuto presente de la existencia. Si todas las facultades de la mente femenina han de cultivarse sólo si respetan su dependencia del hombre; si cuando logra un marido ha llegado a la meta y, pobremente orgullosa, descansa satisfecha con tan baladí corona, dejémosla que se arrastre a su gusto, elevada apenas por su empleo del reino animal; pero si, luchando por lograr su alta vocación, mira más allá del panorama presente, dejémosla cultivar su entendimiento sin pararnos a considerar qué carácter tenga el marido con el que está destinada a casarse. Dejémosla a ella sola determinarse, sin angustiarse demasiado por la felicidad presente, a adquirir las cualidades que ennoblecen al ser racional y que un marido poco pulido pueda sobresaltar su gusto sin destruir su paz mental. No moldeará su alma para acomodarse a las flaquezas de su compañero, sino para sobrellevarlas; su carácter puede ser una adversidad, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limita su comentario a las expectativas románticas de amor constante y sentimientos agradables, debiera haber recordado que la experiencia

* *Julia, o La Nueva Eloisa* (1761). No existe edición reciente en castellano; se ha consultado la versión decimonónica editada en Barcelona en 1857. Véase, en todo caso, J.-J. Rousseau, *Oeuvres Complètes*, París, Gallimard, 1964 o París, Seuil, 1967.

desecha lo que el consejo nunca puede hacernos dejar de anhelar, cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón.

Confieso que es frecuente que las mujeres que han fomentado una delicadeza de sentimientos romántica e innatural malgasten sus vidas³ en *imaginar* lo felices que habrían sido con un marido que pudiera amarlas con un cariño ferviente y en aumento cada día y por siempre. Pero podrían languidecer tanto casadas como solteras y no serían ni una pizca más desgraciadas con un mal esposo que anhelando uno bueno. Concedo que una educación apropiada o, hablando con mayor precisión, una mente bien pertrechada, permitiría a una mujer soportar la vida de soltera con dignidad; pero que deba evitar cultivar su gusto, por si no complace a su marido, es dejar lo material por una quimera. A decir verdad, no sé qué utilidad tiene mejorar el gusto si no hace al individuo más independiente de las pérdidas de la vida, si no se abren nuevas fuentes de disfrute que sólo dependan de las operaciones solitarias de la mente. A la gente de gusto, casada o soltera sin distinción, siempre le repugnarán las diferentes cosas que no afectan menos a las mentes observadoras. No debe permitirse al argumento depender de esta conclusión, pero ¿debe decirse que el gusto es una bendición dentro del conjunto de placeres?

La cuestión es si proporciona más placer o dolor y la respuesta decidirá la propiedad del consejo del doctor Gregory y mostrará lo absurdo y tiránico que resulta establecer un sistema de esclavitud o intentar educar a los seres morales por cualesquiera otras reglas que las que se deducen de la razón pura y que son aplicables al conjunto de la especie.

La suavidad de modales, la paciencia y el sufrimiento prolongado son cualidades amables y divinas que han investido a la deidad en estilo poético y sublime; y quizás ninguna representación de su bondad le ha asegurado

³ Por ejemplo, el rebaño de novelistas.

con tanta fuerza el afecto humano como las que la describen pródiga en misericordia y dispuesta al perdón. La dulzura, considerada desde este punto de vista, lleva en su frente todas las características de la grandeza, combinadas con las gracias atractivas de la condescendencia; pero qué aspecto tan diferente adquiere cuando se trata del comportamiento sumiso de la dependencia, el apoyo de la debilidad que ama porque necesita protección y es tolerante porque debe soportar los daños en silencio, sonriendo bajo el látigo que no osa desafiar. Tan abyecta como esta imagen es el retrato de una mujer instruida, según la opinión aceptada de la excelencia femenina, separada por argumentadores engañosos de la excelencia humana, que otras veces restauran⁴ compasivos la costilla y hacen un ser moral del hombre y de la mujer, sin olvidarse de otorgarle a ella todos los «encantos sumisos».

No se dice cómo existirán las mujeres en ese estado en que no estén casadas ni se den en matrimonio, porque aunque los moralistas están de acuerdo en que el rumbo de la vida parece probar que varias circunstancias preparan al *hombre* para un estado futuro, continuamente coinciden en aconsejar a la *mujer* que se ocupe sólo del presente. En este terreno se recomiendan sin cesar la dulzura, la docilidad y el afecto servil como las virtudes fundamentales del sexo; y sin tener en cuenta la economía arbitraria de la naturaleza, un escritor ha declarado que resulta masculino para una mujer ser melancólica*. Fue creada para ser juguete del hombre, su sonajero, y debe cascabelear en su oído cuandoquiera que, desechando la razón, le apetezca divertirse.

Realmente, recomendar la dulzura de forma amplia resulta estrictamente filosófico. Un ser frágil debe esfor-

⁴ Véanse Rousseau y Swedenborg.

* Probable referencia al ensayo, famoso por entonces, de Edmund Burke, *Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and the Beautiful* (1757) el cual Wollstonecraft discute en extenso en su *Vindication of the Rights of Men* (1791). Edición castellana en Madrid, Tecnos, 1987.

zarse para ser dulce. Pero cuando la paciencia confunde lo recto y lo erróneo, deja de ser una virtud; y por muy conveniente que sea encontrar compañero, nunca debe considerarse inferior y sólo inspirar una ternura insípida, que rápidamente degenera en desprecio. Además, si el consejo pudiera realmente hacer dulce a un ser cuya disposición natural no admitiera tan fino pulimento, se obtendría algo conducente al avance del orden; pero si, como puede demostrarse rápidamente, ese consejo indiscriminado sólo produce afectación, que arroja un tropiezo en el camino del perfeccionamiento gradual y la mejora del temperamento, nuestro sexo no se beneficia mucho al sacrificar virtudes sólidas para obtener gracias superficiales, aunque durante algunos años puedan proporcionar a algunas mujeres ascendiente real.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos verosímiles que los hombres utilizan para suavizar sus insultos, y como moralista, pregunto qué quieren decir con asociaciones heterogéneas tales como defectos bellos, debilidad amable, etc. Si sólo existe un criterio para la moral y un arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por el destino, según la leyenda vulgar del ataúd de Mahoma; no poseen el instinto infalible de los brutos ni se les permite fijar la mirada de la razón en un modelo perfecto. Se las hizo para ser amadas y no deben aspirar al respeto, si no quieren ser acosadas por la sociedad como masculinas.

Pero contemplemos el tema desde otro punto de vista. ¿Las mujeres pasivas e indolentes son las mejores esposas? Limitemos nuestra discusión al momento presente de la existencia y observemos cómo esas débiles criaturas llevan a cabo la parte que les corresponde. Las mujeres que al obtener unas cuantas dotes superficiales han contribuido a fortalecer los prejuicios prevalecientes, ¿contribuyen a la felicidad de sus maridos simplemente? ¿Exhiben sus encantos sólo para entretenerlos? Y ¿posee suficiente carácter para ocuparse de una familia o educar a sus hijos la mujer que desde muy pronto ha asi-

milado nociones de obediencia pasiva? Tras investigar la historia de la mujer, hasta ahora no puedo evitar coincidir con los críticos más severos y considerar a nuestro sexo el más débil, así como la mitad más oprimida de la especie. ¿Qué otra cosa muestra la historia, sino marcas de inferioridad y unas pocas mujeres que han logrado emanciparse del yugo irritante del hombre soberano? Lo escaso de las excepciones me recuerda una ingeniosa conjetura sobre Newton: probablemente era un ser de un orden superior, enjaulado por accidente en un cuerpo humano. La misma sucesión de pensamiento me ha llevado a imaginar que las pocas mujeres extraordinarias que han corrido por direcciones excéntricas, fuera de la órbita prescrita para su sexo, eran espíritus masculinos, confinados por error en estructuras femeninas. Pero si no resulta filosófico pensar en el sexo cuando se menciona el alma, la inferioridad debe depender de los órganos, o el fuego celestial que hace fermentar la arcilla no se ha otorgado en proporciones iguales.

Pero evitando, como he hecho hasta ahora, las comparaciones directas de los dos sexos en general o reconociendo con franqueza la inferioridad de la mujer, según la apariencia presente de las cosas, deberé insistir únicamente en que los hombres han aumentado esa inferioridad hasta situar a las mujeres casi por debajo de la categoría de criaturas racionales. Dejemos espacio a sus facultades para que se desarrollen y que sus virtudes se fortalezcan y determinemos entonces dónde se debe colocar todo el sexo en la escala intelectual. No obstante, recuérdese que no pido un lugar para un número pequeño de mujeres distinguidas.

Es difícil para nosotros, mortales miopes, decir a qué altura pueden llegar los descubrimientos y logros humanos cuando disminuya la penumbra del despotismo que nos hace vacilar a cada paso; pero cuando la moralidad se asiente sobre una base más sólida, sin estar dotada de espíritu profético, me aventuraré a predecir que la mujer será tanto la amiga como la esclava del hombre. No du-

daremos, como en el presente, si actúa según la moral o es el vínculo que une al hombre con los animales. Pero si entonces parece que, como los brutos, fueron creadas fundamentalmente para el uso del hombre, las dejará morder el freno con paciencia y no las ridiculizará con elogios vacíos; o si se prueba su racionalidad, no impedirá su perfeccionamiento sólo para satisfacer sus apetitos sensuales. No les aconsejará tácitamente, con todas las gracias de la retórica, que sometan sus entendimientos a la guía del hombre. Cuando trate de su educación, no sostendrá que nunca deben usar la razón libremente, ni recomendará astucia y disimulo a los seres que estén adquiriendo, de modos semejantes a los suyos, las virtudes de la humanidad.

Es indudable que si la moralidad tiene cimientos eternos, sólo puede haber una regla de derecho, y quienquiera que sacrifique la virtud en su sentido estricto a la conveniencia presente o cuyo *deber* sea actuar de tal modo, vive sólo para el día pasajero y no puede ser una criatura responsable. Entonces el poeta estaría mofándose cuando dijo:

Si las débiles mujeres se pierden,
Las estrellas tienen más culpa que ellas.

Porque sería más cierto que están sujetas a la inquebrantable cadena del destino si se prueba que no han de ejercer su propia razón, nunca van a ser independientes, nunca van a alzarse por encima de la opinión o a sentir la dignidad de una voluntad racional que sólo se somete a Dios y a menudo olvida que el universo abarca a todo ser menos a él y el modelo de perfección al que se vuelve su mirada ardiente para adorar los atributos que, suavizados en las virtudes, pueden imitarse en clase, aunque el grado abrumba a la mente arrebatada.

Como no quiero ejercer fuerza mediante la declamación cuando la razón ofrece su sobria luz, si son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, no las tratemos como esclavas o como animales que dependen de

la razón del hombre cuando se asocian con él, sino cultivemos sus mentes, démosles el freno saludable y sublime de los principios y permitámosles obtener una dignidad consciente al sentirse sólo dependientes de Dios. Enseñémosles, en común con los hombres, a someterse a la necesidad, en lugar de dar un sexo a la moral para hacerlas más placenteras.

Más aún, si la experiencia demuestra que no pueden lograr el mismo grado de fortaleza mental, perseverancia y entereza, dejemos que sus virtudes sean de la misma clase, aunque luchen vanamente para obtener el mismo grado; y la superioridad del hombre estará igualmente clara, si no más; y la verdad, como es un principio fundamental que no admite modificación, sería común a ambos. Aún más, no se invertirá el orden de la sociedad como está regulado en el presente, ya que entonces la mujer sólo tendrá el rango que la razón le asigne y no se practicarán artes para nivelar la balanza y mucho menos para invertirla.

Todo esto pueden denominarse sueños de utopía. Los debo al Ser que los imprimió en mi alma y me dio la suficiente fuerza mental para atreverme a ejercer mi propia razón, hasta que, haciéndome depender sólo de Él para apoyar mi virtud, contemplo con indignación las nociones erróneas que esclavizan a mi sexo.

Quiero al hombre como compañero; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende hasta mí, a no ser que la razón de un individuo reclame mi homenaje; e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre. De hecho, la conducta de un ser responsable debe regularse por las operaciones de su propia razón, si no ¿sobre qué cimientos descansa el trono de Dios?

Me parece necesario extenderme en estas verdades obvias, ya que las mujeres han sido aisladas, por así decirlo. Y cuando se las ha despojado de las virtudes que visten a la humanidad, se las ha engalanado con gracias artificiales que les posibilitan ejercer una breve tiranía. Como el amor ocupa en su pecho el lugar de toda pasión

más noble, su única ambición es ser hermosas para suscitar emociones en vez de inspirar respeto; y este deseo innoble, igual que el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud y si por su misma constitución las mujeres son esclavas y no se les permite respirar el aire vigoroso de la libertad, deben languidecer por siempre y ser consideradas como exóticas y hermosas imperfecciones de la naturaleza.

En cuanto al argumento sobre la sujeción en la que siempre se ha mantenido a nuestro sexo, lo devuelvo al hombre. La mayoría siempre ha sido subyugada por una minoría y han tiranizado a cientos de sus semejantes monstruos que apenas han mostrado algún discernimiento de la excelencia humana. ¿Por qué hombres de talentos superiores se han sometido a tal degradación? Porque no se reconoce universalmente que los reyes, considerados en conjunto, siempre han sido inferiores en capacidad y virtudes al mismo número de hombres tomados de la masa común de la humanidad. ¿No es esto así todavía y se los trata con un grado de reverencia que insulta a la razón? China no es el único país donde se ha hecho un dios de un hombre vivo. Los *hombres* se han sometido a la fuerza superior para disfrutar con impunidad del placer del momento; las *mujeres* sólo han hecho lo mismo y, por ello, hasta que se pruebe que el cortesano servil que se somete a los derechos de nacimiento de un hombre no actúa según la moral, no puede demostrarse que la mujer es esencialmente inferior al hombre porque siempre ha estado subyugada.

Hasta ahora, la fuerza brutal ha gobernado al mundo y es evidente por los filósofos, escrupulosos en dar un conocimiento más útil al hombre de esa distinción determinada, que la ciencia política se encuentra en su infancia.

No proseguiré con este argumento más allá de establecer una inferencia obvia: según la política sana vaya difundiendo la libertad, la humanidad, incluidas las mujeres, se hará más sabia y virtuosa.

CAPÍTULO III

Continúa el mismo tema

La fuerza corporal que distinguía a los héroes se encuentra tan sumida en un desprecio inmerecido, que los hombres, y también las mujeres, parecen considerarla innecesaria; las últimas porque obtienen la fuente de su poder indebido de las gracias femeninas y de la debilidad amable, y los primeros porque parece opuesta al carácter de un caballero.

Sería fácil probar que cada uno de ellos ha partido de un extremo y ha llegado al contrario, pero primero resultaría conveniente observar que el grado de credibilidad obtenido por un error habitual ha dado fuerza a una conclusión falsa, en la que se ha confundido un efecto con una causa.

Es frecuente que la gente de genio haya perjudicado su constitución por el estudio o por no preocuparse de su salud y se ha hecho casi proverbial que la violencia de sus pasiones da la medida del vigor de sus intelectos, como la espada que destruye su vaina. De ello los observadores superficiales han concluido que los hombres de genio han sido por lo común débiles o, por usar una frase más de moda, han tenido constituciones delicadas. Sin embargo, creo que el hecho parece ser lo contrario, pues tras

una investigación diligente, he descubierto que, en la mayoría de los casos, la fortaleza mental se ha acompañado de una fuerza corporal superior, una sólida constitución, pero no ese tono robusto de nervios y músculos vigorosos que se alcanza con el trabajo corporal cuando la mente está inactiva o sólo dirige las manos;

El doctor Priestley ha señalado en el prefacio de su esquema biográfico que la mayoría de los grandes hombres han vivido más de cuarenta y cinco años*. Deben haber contado con una estructura de hierro, si consideramos el modo irreflexivo en que han derrochado su fuerza cuando investigaban su disciplina favorita, que han gastado la lámpara de la vida, descuidando la medianoche; o cuando, perdidos en sueños poéticos, la imaginación ha poblado la escena y el alma se ha perturbado hasta debilitar la constitución por las pasiones que ha hecho surgir la meditación, cuyos objetos, construcción sin base de una visión, se desvanecen ante la mirada exhausta. Shakespeare nunca sujetó la daga ligera con mano débil, ni Milton tembló cuando condujo a Satán lejos de los confines de su triste prisión. No eran los desvaríos de la imbecilidad, las efusiones enfermas de mentes perturbadas, sino la exuberancia de la imaginación, que en su divagación de «hermoso frenesí» no recordaba constantemente sus grilletes materiales.

Me doy cuenta de que este argumento me llevaría más allá de donde parece que quiero llegar; pero persigo la verdad, y aunque sigo sosteniendo mi primera posición, reconoceré que la fortaleza corporal parece otorgar al hombre una superioridad natural sobre la mujer; y ésta es la única base sólida sobre la que puede fundamentarse la superioridad del sexo. Pero sigo insistiendo en que no sólo la virtud, sino el *conocimiento* de los dos sexos, de-

* Joseph Priestley, perteneciente al círculo radical formado en torno a la casa editorial de J. Johnson y miembro de la entonces famosa «Lunar Society». La obra a la que se hace referencia debe de ser *A Description of a Chart of Biography*, Londres, J. Johnson, 1785.

ben tener la misma naturaleza, si no alcanzan el mismo grado, y las mujeres, consideradas no sólo criaturas morales, sino también racionales, deben tratar de adquirir las virtudes humanas (o perfecciones) por los *mismos* medios que los hombres, en lugar de ser educadas como una especie de fantásticos *seres a medias*, una de las extravagantes quimeras de Rousseau¹.

¹ «Las investigaciones sobre verdades especulativas y abstractas, los principios y axiomas de las ciencias —en pocas palabras, todo lo que tiende a generalizar nuestras ideas— no es competencia apropiada para las mujeres; sus estudios deben ser relativos a asuntos prácticos; a ellas corresponde aplicar los principios que los hombres han descubierto y hacer observaciones que los conduzcan al establecimiento de otros generales. Todas las ideas de las mujeres que no se dirijan de forma inmediata a asuntos de obligación, deben aplicarse al estudio de los hombres y a la obtención de aquellas agradables dotes que tienen al gusto como objetivo, ya que las obras de genio están por encima de su capacidad, y tampoco tienen la suficiente precisión o poder de atención para obtener éxito en las ciencias que lo requieren; y en cuanto al conocimiento físico, corresponde sólo a los más activos, a los más inquisitivos, que comprenden la mayor variedad de objetos; en resumen, corresponde juzgar las relaciones entre los seres sensibles y las leyes de la naturaleza a quienes tienen mayor energía y la ejercitan más. Una mujer que es débil por naturaleza y que no tiene ideas sustanciales, sabe cómo juzgar y hacer una estimación apropiada de aquellos movimientos que pone en juego para ayudar a su debilidad. El mecanismo que emplea es mucho más poderoso que el nuestro, porque todas sus palancas mueven el corazón humano. Debe poseer la habilidad de inclinarnos a hacer todo lo que su sexo no le permita por sí misma y que le resulte necesario o agradable; así pues, debe estudiar por completo la mente del hombre, no la del hombre en general de forma abstracta, sino las disposiciones de aquellos a quienes se encuentra sujeta, sea por las leyes del país o por la fuerza de la opinión. Ha de aprender a penetrar en sus sentimientos reales a través de su conversación, sus acciones, su apariencia y sus gestos. También, mediante su conversación, sus actos, sus gestos y su apariencia, tiene que dominar el arte de comunicar los sentimientos que a ellos les resultan agradables, sin parecer intentarlo. Los hombres argumentarán de modo más filosófico sobre el corazón humano, pero las mujeres leerán en él mejor. A éstas corresponde —si se me permite la expresión— formar una moralidad empírica y reducir el estudio del hombre a un sistema. Las mujeres poseen más ingenio, los hombres más genio; las mujeres observan, los hombres razonan. De la concurrencia

Pero si la fuerza corporal es con cierta razón la vanagloria de los hombres, ¿por qué las mujeres son tan engeñadas como para sentirse orgullosas de un defecto? Rousseau les ha proporcionado una excusa verosímil, que sólo se le podía haber ocurrido a un hombre cuya imaginación ha corrido libre y pule las impresiones producidas por unos sentidos exquisitos, que ciertamente tendrían un pretexto para rendirse al apetito natural sin violar una especie de modestia romántica que satisface el orgullo y el libertinaje del hombre.

Las mujeres, engañadas por esos sentimientos, a veces se vanaglorian de su debilidad, obteniendo con astucia poder al representar la *debilidad* de los hombres; y pueden gloriarse bien de su dominio ilícito porque, como los bajos turcos, tienen más poder real que sus señores; pero la virtud se sacrifica a las satisfacciones temporales y la vida respetable al triunfo de una hora.

Las mujeres, como los déspotas, quizá no tengan más poder que el que obtendrían si el mundo, dividido y subdividido en reinos y familias, estuviera gobernado por leyes deducidas del ejercicio de la razón; pero, para seguir la comparación, en su obtención se degrada su carácter y se esparce la licencia por todo el conjunto de la sociedad. La mayoría se convierte en la peana de unos cuantos. Así pues, me aventuraré a afirmar que hasta que no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento recibirán frenos continuos. Y si se concede que la mujer no fue creada simplemente para satisfacer el apetito del

de ambos obtenemos la luz más clara y el conocimiento más perfecto de sí misma que es capaz de alcanzar la mente humana. En una palabra, de ahí obtenemos el conocimiento más íntimo de nosotros mismos y de los otros de que es capaz nuestra naturaleza; y es así como el arte tiende constantemente a perfeccionar los talentos otorgados por la naturaleza. El mundo es el libro de las mujeres», *El Emilio* de Rousseau.

Espero que mis lectores todavía recuerden la comparación que he presentado entre mujeres y militares.

hombre o para ser la sirviente más elevada, que le proporciona sus comidas y atiende su ropa, se seguiría que el primer cuidado de las madres o padres que se ocupan realmente de la educación de las mujeres debería ser, si no fortalecer el cuerpo, al menos no destruir su constitución por nociones erróneas sobre la belleza y la excelencia femenina; y no debería permitirse nunca a las jóvenes asimilar la noción perniciosa de que un defecto puede, por cierto proceso químico de razonamiento, convertirse en una excelencia. A este respecto, me siento feliz de descubrir que el autor de uno de los libros más instructivos que se han producido en nuestro país para niños coincide con mi opinión. Citaré sus comentarios pertinentes para dar la fuerza de su autoridad respetable a la razón².

Pero si se prueba que la mujer es por naturaleza más débil que el hombre, ¿de dónde se sigue que es natural que se esfuerce para hacerse aún más débil de lo que es? Los argumentos de este tipo son un insulto al sentido común y huelen a pasión. Cabe esperar, en este siglo de las

² «Un respetable anciano da cuenta del razonable método que siguió cuando educaba a su hija: "Trataba de proporcionar tanto a su mente como a su cuerpo un grado de vigor que es raro encontrar en el sexo femenino. Tan pronto como tuvo la suficiente fuerza para ser capaz de realizar las tareas más suaves del corral y de la huerta, la empleé como mi compañera constante. Selena —porque ése era su nombre— adquirió pronto una destreza en todas estas labores rústicas que yo consideraba con placer y admiración iguales. Si las mujeres son en general débiles de cuerpo y alma, es menos por naturaleza que por su educación. Fomentamos una indolencia e inactividad viciosas, que denominamos falsamente delicadeza. En lugar de fortalecer sus mentes mediante los principios más severos de la razón y la filosofía, las educamos para artes inútiles, que terminan en vanidad y sensualidad. En la mayoría de los países que he visitado, no se les enseña de una naturaleza más elevada nada más que unas cuantas modulaciones de voz o posturas corporales inútiles; su tiempo se consume en pereza y fruslerías, y éstas se convierten en los únicos objetivos capaces de interesarles. Parecemos olvidar que de las cualidades del sexo femenino dependen nuestro propio bienestar doméstico y la educación de nuestros hijos. ¿Y cuál es el bienestar o la educación que puede otorgar una raza de seres corruptos desde su infancia y desconocido-

luces, que el *derecho divino* de los maridos, como el derecho divino de los reyes, puede y debe contestarse sin peligro; y aunque la condena no silencie a muchos disputadores turbulentos, no obstante, cuando se ataca algún prejuicio prevaleciente, los inteligentes lo tendrán en cuenta y dejarán a los de mente estrecha que protesten con vehemencia irracional contra la innovación.

La madre que quiere dar dignidad verdadera al carácter de su hija debe proceder, sin hacer caso de las burlas de la ignorancia, con un plan opuesto diametralmente al que recomienda Rousseau con todo el encanto engañoso de la elocuencia y la sofistería filosófica, porque su elocuencia hace verosímiles absurdos y sus conclusiones dogmáticas confunden sin convencer a los que no tienen capacidad para rebatirlas.

A lo largo del conjunto del reino animal, toda criatura joven requiere un ejercicio casi continuo, y de acuerdo con esta indicación, la infancia de los niños debe pasarse en retozos inocuos que ejerciten pies y manos, sin requerir a cada minuto la dirección de la cabeza o la atención constante de una niñera. De hecho, el cuidado necesario para la autoconservación es el primer ejercicio natural para el entendimiento, mientras que las pequeñas invenciones para entretenerse un rato desarrollan la imaginación. Pero estos sabios designios de la naturaleza se contrarían por una inclinación equivocada o un celo ciego. No se deja al niño un momento a su propia dirección

res de todas las obligaciones de la vida? Tocar un instrumento musical con habilidad inútil, exhibir sus gracias naturales o afectadas a los ojos de jóvenes indolentes y corruptos, disipar el patrimonio de sus maridos en gastos licenciosos e innecesarios, son las únicas artes cultivadas por las mujeres en la mayoría de las naciones educadas que he visto. Y las consecuencias son siempre las que se esperarían de tales fuentes contaminadas: calamidad privada y servidumbre pública.

»Pero la educación de Selena fue regulada por consideraciones diferentes y guiada por principios más severos, si puede llamarse severidad a lo que abre la mente al sentido de los deberes morales y religiosos y la arma de la manera más efectiva contra los males inevitables de la vida», *Sandford and Merton* de Day, vol. III.

—en particular si es una niña— y de este modo se los hace dependientes. Se llama natural la dependencia.

Para conservar la belleza personal —gloria de la mujer— se oprimen miembros y facultades con algo peor que las vendas chinas, y la vida sedentaria que se les condena a vivir, mientras los niños retozan al aire libre, debilita los músculos y relaja los nervios. En cuanto a los comentarios de Rousseau, de los que se han hecho eco muchos escritores desde entonces, sobre la inclinación natural, es decir, desde el nacimiento e independiente de la educación, que tienen por las muñecas, los trajes y la conversación, son tan pueriles que no merecen una refutación seria. Es, por supuesto, muy natural que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas, escuchando la boba charla de niñeras débiles o asistiendo al arreglo de su madre, trate de unirse a la conversación; y que imite a su madre o sus tías y se entretenga adornando a su muñeca sin vida lo mismo que hacen con ella, pobre niña inocente, es sin duda la consecuencia más natural. Porque los hombres de mejores facultades rara vez han tenido la fuerza suficiente para sobresalir de la atmósfera circundante; y si las páginas de genio siempre han resultado borrosas por los prejuicios de la época, se debe conceder cierta indulgencia a un sexo que, como los reyes, siempre ve las cosas a través de un falso intermediario.

Sería muy fácil explicar la inclinación por los trajes, evidente en las mujeres, con estas reflexiones, sin suponer que es el resultado del deseo de agradar al sexo del que dependen. Resumiendo, resulta tan poco filosófico el disparate de suponer que una niña es una coqueta natural y que debe aparecer un deseo conectado con el impulso de la naturaleza para propagar la especie incluso antes de que una educación inapropiada, al calentar la imaginación, lo haya provocado prematuramente, que un observador tan sagaz como Rousseau no debería haberlo adoptado, si no hubiera estado acostumbrado a hacer que la razón ceda el camino a su deseo de singularidad y la verdad a una paradoja de su gusto.

Además, dar un sexo a la mente no era un argumento muy consecuente con los principios de un hombre que sostenía con tanto ardor y tan bien la inmortalidad del alma. Pero la verdad es una barrera muy débil cuando se alza en el camino de una hipótesis. Rousseau respetaba, casi adoraba, a la virtud y aun así se permitió amar con inclinación sensual. Su imaginación preparaba sin cesar combustible que quemar para sus sentidos inflamables; pero, para reconciliar su respeto por la abnegación, la fortaleza y aquellas virtudes heroicas que una mente como la suya podría tranquilamente no admirar, se esforzó en inventar la ley de la naturaleza y publicó una doctrina cargada de daño y que menospreciaba el carácter de la sabiduría suprema.

Sus historias ridículas que tienden a probar que las niñas se preocupan de sus personas *por naturaleza*, sin dar ninguna importancia al ejemplo diario, están por debajo del desprecio. Y que una pequeña señorita tenga un gusto tan correcto como para desechar la distracción placentera de hacer «oes» simplemente porque percibió que su postura era poco atractiva debe seleccionarse con las anécdotas del cerdito sabio³.

Probablemente yo he tenido la oportunidad de observar más niñas en su infancia que J. J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos y he observado a mi alrededor con detenimiento. Sin embargo, lejos de coincidir con su opinión respecto a los primeros albores del

carácter femenino, me aventuraré a afirmar que una niña a quien no se le haya apagado el espíritu por la inactividad o se le haya teñido la inocencia con la falsa vergüenza, siempre será traviesa y que no le atraerán la atención las muñecas, a menos que el encierro no le permita otra alternativa. En pocas palabras, los niños y las niñas jugarían juntos sin peligro, si no se inculcara la distinción de sexos mucho antes de que la naturaleza haga alguna diferencia. Iré todavía más lejos y afirmaré como hecho indiscutible que a la mayoría de las mujeres del círculo que he observado que han actuado como criaturas racionales o han mostrado algún vigor intelectual, se les ha permitido de forma accidental correr salvajes, como insinuarían algunos de los elegantes educadores del bello sexo.

Las funestas consecuencias originadas por la falta de atención a la salud durante la infancia y la juventud se extienden más de lo que imaginaba: la dependencia del cuerpo produce de forma natural la dependencia mental; ¿y cómo puede ser una buena esposa o madre quien emplea la mayor parte de su tiempo en guardarse de la enfermedad o padecerla? Tampoco puede esperarse que una mujer intente con resolución fortalecer su constitución y se abstenga de caprichos que debilitan, si desde muy pronto las nociones artificiales de belleza y las descripciones falsas de la sensibilidad aparecen mezcladas con sus motivos de acción. La mayoría de los hombres tienen que soportar a veces inconveniencias corporales y aguantar, de forma ocasional, las inclemencias de los elementos; pero las mujeres elegantes son, literalmente hablando, esclavas de sus cuerpos y se glorían de su sujeción.

Una vez conocí a una débil mujer de buen tono que se enorgullecía más de lo común por su delicadeza y sensibilidad. Pensaba que la cumbre de toda perfección humana eran un gusto distinguido y poco apetito, y actuaba en consecuencia. He visto a este ser débil y sofisticado descuidar todas las obligaciones de la vida, reclinarsse con autocomplacencia en un sofá y vanagloriarse de los caprichos de su apetito como una prueba de delicadeza que

³ «Una vez conocí a una niña que aprendió a escribir antes de aprender a leer, y empezó a escribir con su aguja antes de que pudiera usar una pluma. Realmente, al principio se le metió en la cabeza no hacer más letras que la o: constantemente hacía esta letra de todos los tamaños y siempre de modo equivocado. Desgraciadamente, un día, mientras se esforzaba en esta ocupación, se vio por casualidad en el espejo; entonces, como no le gustó la posición forzada con la que se sentaba mientras escribía, arrojó la pluma, como otra Palas, y decidió no hacer más la o. A su hermano tampoco le gustaba escribir, sin embargo, lo que más le disgustaba era estar encerrado y no la posición forzada», *El Emilio* de Rousseau.

ampliaba su sensibilidad exquisita, o quizá surgía de ella, porque es difícil hacer inteligible una jerga tan ridícula. No obstante, al momento, la he visto insultar a una respetable dama anciana, cuyo infortunio inesperado la había hecho depender de su liberalidad ostentosa y quien, en días mejores, tenía derecho a su gratitud. ¿Es posible que una criatura humana se pudiera haber convertido en un ser tan débil y depravado si, como los sibaritas disueltos en lujo, no hubiera consumido cualquier cosa que pareciera virtud o se hubiera inculcado ésta como precepto, pobre sustituto, es cierto, del cultivo de la mente, aunque útil como barrera contra el vicio?

Una mujer tal no es un monstruo más irracional que algunos emperadores romanos, a quienes hizo depravados el poder sin ley. No obstante, como los reyes han estado más sujetos por la ley y el freno, aunque débil, del honor, los anales de la historia no están llenos de ejemplos tan innaturales de locura y crueldad, ni tampoco el despotismo, que mata el germen de la virtud y el genio, se cierne sobre Europa con ese estallido destructivo que desola Turquía y no deja que den frutos los hombres ni la tierra.

Las mujeres se encuentran por doquier en ese estado deplorable, porque, para preservar su inocencia, como se llama cortésmente a la ignorancia, se les esconde la verdad y se les hace asumir un carácter artificial antes de que sus facultades hayan adquirido fuerza. Como desde la infancia se les enseña que la belleza es el cetro de la mujer, la mente se adapta al cuerpo y, vagando por su jaula dorada, sólo busca adorar su prisión. Los hombres cuentan con varias ocupaciones y objetivos que ocupan su atención y dan carácter a la mente abierta; pero las mujeres, limitadas a una y con sus pensamientos dirigidos constantemente a la parte más insignificante de ellas mismas, rara vez amplían sus consideraciones más allá del triunfo de una hora. Pero si su entendimiento se emancipara de una vez de la esclavitud a la que las han sujetado el orgullo y la sensualidad del hombre y su deseo

miope de dominio, semejante al de los tiranos, probablemente leeríamos acerca de su debilidad con sorpresa. Se me debe permitir seguir con el argumento un poco más.

Quizá, si se admitiera la existencia de un ser malo que, en el lenguaje alegórico de las Escrituras, vagara buscando a quien devorar, no podría degradar de modo más efectivo el carácter humano que dando al hombre poder absoluto.

Este argumento tiene varias ramificaciones. Cuna, riquezas y toda ventaja extrínseca que exalta a un hombre sobre sus semejantes, sin empleo alguno de la mente, en realidad le hunden por debajo de ellos. Cumple con su función mediante hombres designados para ello, en proporción a su debilidad, hasta que el monstruo hinchado pierde toda traza de humanidad. Y resulta un despropósito, que sólo el deseo del disfrute presente y una mente estrecha puede resolver, el que las tribus de hombres, como rebaños de ovejas, sigan callados a semejante caudillo. Educados en la dependencia servil y debilitados por el lujo y la pereza, ¿dónde encontraremos hombres que se adelanten para afirmar los derechos del hombre o reclamen el privilegio de los seres morales, que es el único camino para la excelencia? Todavía no se ha abolido la esclavitud a los monarcas y ministros, de los que el mundo tardará en liberarse y cuyo dominio implacable detiene el progreso de la mente humana.

Luego no dejemos a los hombres en el orgullo de su poder usar los mismos argumentos de reyes tiránicos y ministros venales y afirmar con falacia que la mujer debe someterse porque siempre ha sido así. Pero que desprecie a la mujer cuando el hombre, gobernado por leyes razonables, disfrute de su libertad natural, si ésta no la comparte con él; y hasta que llegué ese periodo glorioso, que no descuide su propia insensatez al extenderse sobre la del otro sexo.

Es cierto que las mujeres, al obtener poder por medios injustos, mediante la práctica o el aliento del vicio, pierden el rango que la razón les asignaría y se convierten

en esclavas abyectas o en tiranas caprichosas. Pierden toda sencillez, toda dignidad mental para adquirir poder y actúan como los hombres cuando han sido exaltados por los mismos medios.

Es tiempo de efectuar una revolución en los modales de las mujeres, tiempo de devolverles su dignidad perdida y hacerlas trabajar, como parte de la especie humana, para reformar el mundo, mediante su propio cambio. Es tiempo de separar la moral inmutable de los modales locales. Si los hombres son semidioses, sirvámosles. Y si la dignidad del alma femenina es tan discutible como la de los animales —si su razón no aporta la luz suficiente para dirigir su conducta cuando se les niega el instinto infalible— son seguramente las más miserables de todas las criaturas y, doblegadas bajo la mano férrea del destino, deben conformarse con ser un *bello defecto* de la creación. Pero el casuista más sutil se desconcertaría al intentar justificar los caminos de la Providencia respecto a ellas, al tratar de señalar ciertas razones incontestables para hacer a una cantidad tan grande de la humanidad responsable y no responsable.

El único fundamento sólido para la moralidad parece ser el carácter del Ser Supremo, la armonía que surge del equilibrio de atributos —y, para hablar con propiedad, un atributo parece implicar la *necesidad* de otro. Debe ser justo porque es sabio; debe ser bueno porque es omnipotente. Porque exaltar un atributo a expensas de otro igualmente noble y necesario lleva la marca de la sesgada razón del hombre —el homenaje de la pasión.) El hombre, acostumbrado a doblegarse ante el poder en su estado salvaje, rara vez puede despojarse de este prejuicio bárbaro, incluso cuando la civilización determina cuánto más superior es la fortaleza mental que la corporal; y su razón se nubla con estas opiniones groseras incluso cuando piensa en la deidad. Se hace que su omnipotencia se trague los otros atributos o los presida y los mortales que piensan que su poder debe regularse por su sabiduría parecen limitarlo de forma irreverente.

Rechazo esa humildad engañosa que, tras investigar la naturaleza, se para en el Autor. El Altísimo que vive en la eternidad posee sin duda muchos atributos de los que no podemos formarnos un concepto; pero la razón me dice que no pueden chocar con los que adoro, y estoy obligada a escuchar su voz.

¡Parece natural para el hombre buscar la excelencia, ya sea descubriéndola en el objeto que adora o invistiéndolo ciegamente de perfección, como si fuera una prenda de vestir. Pero, ¿qué buen efecto puede tener el último modo de adoración en la conducta moral de un ser racional? Se doblega al poder; adora una sombra oscura que le puede abrir brillantes perspectivas o estallar en cólera y furia sin ley sobre su cabeza devota, sin que sepa por qué. Y suponiendo que la deidad actúe según el vago impulso de una voluntad indirecta, el hombre también debe seguir la suya propia o actuar de acuerdo con las leyes, deducidas de principios que rechaza por irreverentes. En este dilema han caído tanto los pensadores fanáticos como los más fríos cuando se esforzaban por liberar a los hombres de los límites prudentes que impone una justa concepción del carácter de Dios.

Así, no resulta impío examinar los atributos del Todopoderoso; de hecho, ¿quién puede evitar ejercitar sus facultades en ello? Porque amar a Dios como fundamento de la sabiduría, la bondad y el poder parece ser la única adoración beneficiosa para un ser que quiere adquirir virtud o conocimiento. Un afecto ciego e inestable puede, como las pasiones humanas, ocupar la mente y caldear el corazón, mientras que, para hacer justicia, se olvida amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Seguiré más con este tema cuando considere la religión a una luz contraria a la recomendada por el doctor Gregory, que la trata como asunto de sentimiento o gusto.

Volvamos de esta aparente digresión. Sería de desear que las mujeres abrigaran un afecto por sus maridos, fundado en los mismos principios en los que descansa la de-

voción) No existe otra base firme bajo el cielo —porque debemos precaverlas sobre la luz engañosa del sentimiento, usado demasiadas veces como un término más suave que la sensualidad. Se sigue entonces, creo, que las mujeres desde su infancia debieran ser encerradas como princesas orientales o educadas de modo que sean capaces de pensar y actuar por ellas mismas.

¿Por qué los hombres vacilan entre las dos opiniones y esperan imposibles? ¿Por qué esperan virtud de una esclava, de un ser a quien la constitución de la sociedad civil ha hecho débil, si no vicioso?

Sé que todavía se requerirá un tiempo considerable para erradicar los prejuicios firmemente enraizados que plantaron los sensualistas; también llevará su tiempo convencer a las mujeres de que la larga actúan contra sus intereses reales cuando albergan debilidad o la afectan bajo el nombre de delicadeza, y convencer al mundo de que la fuente corrompida de los vicios e insensateces femeninas, aunque sea necesaria de acuerdo con la costumbre, por utilizar términos sinónimos en un sentido amplio, ha sido el homenaje sensual que se rinde a la belleza, a la belleza de rasgos; porque un escritor alemán ha observado sagazmente que hombres de todas las condiciones admiten que una mujer bonita es un objeto de deseo, mientras que una mujer elevada, que inspira emociones más sublimes al exhibir belleza intelectual, puede pasar desapercibida o ser observada con indiferencia por aquellos hombres que buscan la felicidad en la satisfacción de sus apetitos. Preveo una réplica obvia: mientras los hombres continúen siendo seres tan imperfectos como parecen haber sido hasta ahora, seguirán, más o menos, esclavos de sus apetitos; y aquellas mujeres que satisfacen el sexo preponderante para obtener mayor poder defraudan el suyo propio por una necesidad física, si no moral.

Concedo que esta objeción tiene cierta fuerza; pero mientras exista un precepto moral como «Sed puros como lo es vuestro Padre celestial», parecería que las vir-

tudes del hombre no están limitadas por el único Ser que puede hacerlo, y que puede ejercer presión para que se avance sin considerar si se sitúa fuera de su esfera al consentir una ambición tan noble. Se ha dicho a las olas indómitas: «Hasta aquí llegaréis y no más lejos; y aquí se detendrán tus olas imponentes»*. En vano baten y hacen espumas, frenadas por el poder que confina en sus órbitas los planetas en lucha; la materia se rinde al gran Espíritu gobernante. Pero un alma inmortal, al no estar controlada por leyes mecánicas y luchar por liberarse de las cadenas de la materia, contribuye al orden de la creación, en lugar de estorbarlo, cuando, colaborando con el Padre de los espíritus, trata de gobernarse por la regla invariable que rige el universo en cierto grado, ante el cual desfallece nuestra imaginación.

Además, si se educa a las mujeres para la dependencia, es decir, para actuar de acuerdo con la voluntad de otro ser falible y se somete al poder, recto o erróneo, ¿dónde hemos de detenernos? ¿Deben ser consideradas como gobernantes inferiores a los que se permite reinar sobre un pequeño dominio y se responsabiliza de su conducta ante un tribunal superior, capaz de error?

¡No será difícil probar que esas voluntades delegadas actuarán como los hombres sometidos por miedo y harán padecer a sus hijos y siervos su opresión tiránica. Como se someten sin razón y no cuentan con reglas fijas por las que ajustar su conducta, serán amables o crueles según les dicte el capricho del momento; y no debemos asombrarnos si a veces, mortificadas por su pesado yugo, obtienen un placer maligno en hacerlo descansar en hombres más débiles.

Pero supongámos que una mujer, educada en la obediencia y casada con un hombre razonable que dirige su juicio sin hacerla sentir la servidumbre de su sujeción, actúa por esta luz reflejada con toda la propiedad que puede esperarse cuando se toma la razón de segunda

* Referencias, en cita libre, al *Libro de Job*, 4:17 y 38:11.

mano; no obstante, ella no puede asegurar la vida de su protector y éste puede morir y dejarla con una gran familia. A ella le corresponde un deber doble: educarla como padre y madre, y formar sus principios y asegurar su propiedad. Pero, ¡ay!, nunca ha pensado y mucho menos actuado por sí misma. Sólo ha aprendido a gustar a los hombres⁴, a depender graciosamente de ellos; pero, cargada de hijos, ¿cómo va a conseguir otro protector, un marido que haga las veces de la razón? Un hombre racional, porque no pisamos terreno romántico, aunque piense que es una criatura dócil y placentera, no elegirá casarse con una *familia* por amor, cuando hay en el mundo muchas otras hermosas criaturas. ¿Qué es de ella entonces? Se convierte en presa fácil para algún cazador de for-

⁴ «En la unión de los sexos, ambos persiguen un objetivo común, pero no del mismo modo. De esta diversidad surge la primera diferencia determinante entre las relaciones morales de cada uno. Uno debe ser activo y fuerte, el otro pasivo y débil; es necesario que uno tenga poder y voluntad y que el otro oponga pequeña resistencia.

»Establecido este principio, se deduce que la mujer ha sido formada expresamente para agradar al hombre: si la obligación es también recíproca y el hombre debe agradar a su vez, no es necesario de modo tan inmediato; su gran mérito es su poder y agrada simplemente porque es fuerte. Debo confesar que esto no constituye una de las máximas refinadas del amor; pero, sin embargo, es una de las leyes de la naturaleza, anterior al mismo amor.

»Si la mujer ha sido formada para agradar y someterse al hombre, sin duda su lugar está en hacerse amable a él, en vez de poner a prueba sus pasiones. La violencia de los deseos del hombre depende de sus encantos y por su mediación puede apremiarlo a ejercer los poderes que la naturaleza le ha otorgado. El método de más resultado para excitarlos es hacer su ejercicio necesario por la resistencia; de ese modo, la autoestima se añade al deseo y uno triunfa en la victoria que el otro se ve obligado a obtener. De aquí surgen los distintos modos de ataque y defensa entre los sexos; la audacia de un sexo y la timidez del otro; y, en una palabra, la vergüenza y modestia con los que la naturaleza ha armado al débil para someter al fuerte», *El Emilio* de Rousseau.

No haré más comentario sobre este ingenioso pasaje que observar que se trata de la filosofía de la lascivia.

tuna pobre que despoje a sus hijos de su herencia paterna y los deje en la miseria; o se hace víctima del descontento y el desenfreno ciego. Incapaz de educar a sus hijos o infundirles respeto —porque no es un juego de palabras afirmar que nunca se respeta a alguien que no es respetable, aunque ocupe un puesto importante—, se consume bajo la angustia del pesar vano e impotente. Los dientes de la serpiente entran en su alma y los vicios de la juventud licenciosa la llevan con pesar, cuando no con pobreza también, a la tumba.

No es un cuadro sobrecargado, sino un caso muy posible y algo semejante debe haber ocurrido ante cualquier mirada atenta.

Sin embargo, he dado por supuesto que la mujer tenía buena disposición, aunque la experiencia muestra que puede conducirse a las ciegas con la misma facilidad a la cuneta que por un camino batido. Pero hagamos la conjetura no muy improbable de que un ser al que sólo se le ha enseñado a agradar debe seguir buscando su felicidad en ello, ¡qué ejemplo de necedad, por no decir vicio, será para sus inocentes hijas! La madre se perderá en la coqueta y en lugar de hacerse amiga de sus hijas, las contemplará con recelo porque son rivales —más crueles que otras cualesquiera porque incitan a la comparación y empujan del trono de la belleza a quien nunca ha pensado tener un puesto en el banco de la razón.)

No se requiere una pluma viva o el esbozo perspicaz de una caricatura para trazar las miserias domésticas y los pequeños vicios que una señora de familia como ésa difunde. Sin embargo, actúa como debe hacerlo una mujer criada según el sistema de Rousseau. Nunca se le reprochará ser masculina o salirse de su esfera; más aún, observaría otra de sus grandes reglas y al conservar precavidamente su reputación libre de mancha, se la consideraría una mujer de buena clase. Pero, ¿desde qué perspectiva puede denominársela buena? Es cierto que se abstiene, sin gran lucha, de cometer grandes delitos, pero ¿cómo cumple con sus obligaciones? ¡Obligaciones!, a de-

cir verdad, bastante tiene con pensar en adornar su cuerpo y alimentar su débil constitución.

Respecto a la religión, nunca se atrevió a juzgar por sí misma; pero se ajustaba como debe hacerlo una criatura dependiente a las ceremonias de la Iglesia en las que la educaron, creyendo píamente que cabezas más sabias que la suya han organizado esos asuntos; y sin duda es la finalidad de su perfección. Así pues, paga su diezmo de menta y comino —y gracias a Dios no es como las demás mujeres. ¡Éstos son los benditos efectos de una buena educación, las virtudes de la compañera del hombre!⁵.

Debo aliviarme dibujando un cuadro diferente. Dejemos que ahora la imaginación presente a una mujer con un entendimiento tolerable, porque no quiero dejar la línea de la mediocridad, cuya constitución, fortalecida por el ejercicio, ha permitido a su cuerpo adquirir su pleno vigor; su mente se ha ido expandiendo al mismo tiempo para comprender los deberes morales de la vida y en qué consiste la virtud y dignidad humanas.

Formada de este modo mediante el desempeño de las obligaciones relativas a su posición, se casa por afecto, sin perder de vista la prudencia y mirando más allá de la felicidad matrimonial, consigue el respeto de su marido antes de que sea necesario ejercer malas artes para complacerlo y alimentar una llama moribunda, que la naturaleza predestina a extinguirse cuando el objeto se hace familiar, cuando la amistad y la paciencia ocupan el puesto de un afecto más ardiente. Ésta es la muerte natural del

amor y no se destruye la paz doméstica con luchas para evitarlo. También doy por supuesto que el marido es virtuoso, o ella necesita aún más principios independientes.

Sin embargo, el destino rompe este vínculo. Ella se queda viuda, quizá sin una provisión suficiente, pero no está desolada. Siente la punzada natural del dolor, pero cuando el tiempo ha suavizado la pena en melancólica resignación, su corazón se torna a sus hijos con inclinación redoblada y, deseosa de proporcionarles todo lo necesario, el afecto da una forma sagrada y heroica a sus deberes maternos. Piensa que sus virtuosos esfuerzos no sólo los ve aquél de quien debe manar ahora todo bienestar y cuya aprobación es la vida, sino que su imaginación, un poco exaltada y ensimismada por el duelo, espera en el fondo que los ojos que su mano temblorosa ha cerrado puedan todavía ver cómo somete toda pasión rebelde para cumplir la obligación doble de ser tanto el padre como la madre de sus hijos. Elevada al heroísmo por la mala fortuna, reprime los tenues albores de una inclinación natural antes de que maduren en amor, y en la flor de la vida se olvida de su sexo —olvida el placer de una pasión que despierta, que de nuevo habría sido inspirada y correspondida. No vuelve a pensar en agradar y su dignidad consciente le impide enorgullecerse de su conducta. Sus hijos cuentan con su amor y sus esperanzas más resplandecientes se encuentran más allá de la tumba, a donde su imaginación se extravía a menudo.

Pienso que la veo rodeada de sus hijos, recogiendo la recompensa de sus cuidados. Los ojos inteligentes encuentran los suyos, mientras la salud y la inocencia sonríen en sus mejillas carnosas y, cuando son mayores, su atención agradecida disminuye los cuidados de la vida. Vive para ver las virtudes que trató de plantar sobre principios fijados en hábitos, para ver a sus hijos alcanzar una fortaleza de carácter suficiente que les permita soportar la adversidad sin olvidar el ejemplo de su madre.

Cumplida la tarea de la vida, espera con calma el sue-

⁵ «¡Qué encantadora es su ignorancia! —exclama Rousseau hablando de Sofía—. ¡Feliz el destinado a instruirla! Nunca pretenderá ser la tutora de su esposo, sino que estará contenta de ser su pupila. Lejos de intentar someterlo a su gusto, acomodará el propio al de él. La estimará más que si fuera instruida porque tendrá el placer de hacerlo él», *El Emilio* de Rousseau.

Me contentaré simplemente con preguntar cómo puede sobrevivir la amistad cuando termina el amor entre el maestro y su pupila.

ño de la muerte y al levantarse de la tumba diría: «Mira, me diste un talento y aquí tienes cinco»*.

Deseo resumir lo que he dicho en unas pocas palabras, ya que arrojo mi guante aquí y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, sin exceptuar la modestia. La verdad, si entiendo el significado de la palabra, debe ser la misma para el hombre y la mujer; no obstante, el carácter femenino imaginativo, tan bien descrito por poetas y novelistas, al demandar el sacrificio de la verdad y la sinceridad, convierte la virtud en una idea relativa que no tiene otro fundamento que la utilidad, y sobre esta utilidad pretenden juzgar los hombres, moldeándola a su propia conveniencia.

Admito que las mujeres tengan diferentes obligaciones que cumplir, pero son obligaciones *humanas* y los principios que deben regular su desempeño mantengo con firmeza que deben ser los mismos.

Es necesario hacerse respetable y ejercitar el entendimiento, pues no hay ningún otro fundamento para obtener un carácter independiente; quiero decir explícitamente que sólo deben doblegarse a la autoridad de la razón, en lugar de ser las *modestas* esclavas de la opinión.

¡Qué pocas veces nos encontramos en los rangos superiores de la vida con hombres de cualidades elevadas o incluso de atributos comunes! Las razones me parecen claras: el estado en el que nacieron no era natural. El carácter humano siempre se ha formado mediante las ocupaciones que prosigue un individuo o una clase; y si no se agudizan las facultades mediante la necesidad, permanecen obtusas. Este argumento puede extenderse igualmente a las mujeres, ya que, ocupadas rara vez en asuntos serios, la consecución de placer da esa insignificancia a su carácter que hace a la sociedad de los *nobles* tan insípida. La misma falta de firmeza, producida por una causa si-

* Cita libre de la «Parábola de los Talentos», en *El Evangelio según San Mateo*, 25:20.

milar, fuerza a ambos a volar de sí mismos a los placeres escandalosos y las pasiones artificiales, hasta que la vanidad ocupa el lugar de todo afecto social y resulta difícil distinguir las características de la humanidad. Tales son los beneficios de los gobiernos civiles, tal como están organizados en el presente, que la riqueza y la dulzura femenina tienden por igual a envilecer a la humanidad y se producen por la misma causa; pero al admitir que las mujeres son criaturas racionales, debe incitárselas a adquirir las virtudes que puedan llamar propias, porque ¿cómo se ennoblecerá un ser racional por algo que no obtiene por su propio esfuerzo?